

América

SOCIALISTA

Numero 34



LENIN

100 AÑOS

América
SOCIALISTA

Revista teórica de la *Corriente Marxista Internacional*



Editores:

Alan Woods Francesco Merli Jorge Martín
 (editor en jefe) Daniel Morley (edición en español)
 Rob Sewell Ben Curry
 Hamid Alizadeh Josh Holroyd

Febrero 2024

americasocialista.org

Diseño:

Jesse Murray-Dean

Redacción

contacto@marxist.com

Canadá

Fightback
 fightback@marxist.ca
 www.marxist.ca
 Tel: (416) 461-0304
 La Riposte
 lariposte@marxiste.qc.ca
 www.marxiste.qc.ca

Estados Unidos

Socialist Revolution
 www.socialistrevolution.org

México

La Izquierda Socialista
 www.marxismo.mx
 contacto@marxismo.mx
 Tel: +52 55 8561 3576

Peru

cmi.peru2021@gmail.com

Brasil

Organização Comunista
 Internacionalista
 www.marxismo.org.br
 contato@marxismo.org.br
 Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

Estadi Español

www.luchadeclases.org
 contacto@luchadeclases.org
 Tel: 646 630 889

Chile

Corriente Marxista Internacional
 chile@americasocialista.org

Honduras

facebook.com/IzquierdaMarxista
 izquierdamarxista.wordpress.com
 izquierdamarxista.hn@gmail.com

Guatemala

cmiguatemala@outlook.com

Colombia

Colombia Marxista
 www.colombiamarxista.com
 colombiamarxista@gmail.com

Venezuela

Lucha de Clases
 Tel.: 0412-378-82-03
 www.luchadeclases.org.ve
 cmivenezuela1@gmail.com

El Salvador

Bloque Popular Juvenil
 www.bloquepopularjuvenil.org
 redaccionmilitantebpj@gmail.com
 Tel: +503 7300-5356

Argentina

Corriente Socialista Militante
 www.argentinamilitante.org
 elmilitante.argentina@gmail.com
 Tel: +54 9 3416 565104

Puerto Rico

Rumbo Alternativo
 www.rumboalternativo.net
 rumboalternativo@gmail.com

Bolivia

Lucha de Clases
 lucha.clases.bolivia@gmail.com
 FB: LuchadeClasesBO

Lenin:
 100 años

p4

Como Lenin
 estudió a Hegel

p13

Lenin contra el
 'Oblomovismo'

p21

La última lucha
 de Lenin

p24

La lucha de Trotski
 por rejuvenecer el
 partido Bolchevique

p32

'Nuevas Tareas y
 Nuevas Fuerzas'
 de Lenin

p36

Todas las imágenes sin crédito son de dominio público

Portada: basada en "¡Viva la revolución socialista!" de Vladimir Kalensy

Portada Interior: Golpear a los Blancos con la Cuña Roja de El Lissitzky



LENIN

100 AÑOS DESPUÉS

Editorial especial del centenario por Rob Sewell

El 21 de enero de 2024 se cumple el centenario de la muerte de Vladimir Ilich Uliánov, más conocido mundialmente como Lenin. Fue sin duda uno de los más grandes revolucionarios que jamás hayan existido. Con sus acciones al frente del Partido Bolchevique, este hombre extraordinario cambió literalmente el curso de la historia.

Toda la vida de Lenin estuvo dedicada a la emancipación de la clase obrera, que culminó con la victoria de la Revolución de Octubre en 1917. El significado de este acontecimiento lo expresó acertadamente Rosa Luxemburgo:

“Todo cuanto un partido puede exhibir, en un momento histórico, de coraje, energía, de intuición revolucionaria y coherencia, Lenin, Trotsky y sus compañeros lo mostraron ampliamente. Todo el honor y la capacidad de acción revolucionarios, que faltó a la socialdemocracia occidental, encontró su expresión en los bolcheviques. La insurrección de octubre no representó solamente la salvación real de la Revolución rusa, sino también la rehabilitación del socialismo internacional.”¹

Por primera vez, salvo el heroico pero breve episodio de la Comuna de París, la clase obrera conquistó el poder y lo mantuvo. Por esta razón, la Revolución de Octubre puede considerarse el mayor acontecimiento de la historia. Sean cuales sean los acontecimientos posteriores, se trata de una conquista indeleble que nunca podrá borrarse.

Y es por esta razón que, en manos de la clase dominante y sus apologistas, Lenin se ha convertido en el individuo más odiado y calumniado de la historia.

CALUMNIAS

Mientras que los comentaristas burgueses a veces se han mostrado complacientes con Marx por su análisis del capitalismo, aunque por supuesto rechazan sus conclusiones revolucionarias, Lenin se ha convertido en un completo anatema. Por supuesto, esto no debería sorprendernos.

Al igual que los escabrosos ataques a la Revolución Francesa por parte de la vil prensa inglesa de la época, los plumíferos del capitalismo denuncian a Lenin y a la

Revolución Rusa. Su objetivo es desacreditar y borrar de la historia su verdadera importancia. Esta ha sido su tarea durante más de un siglo.

Por lo tanto, Lenin es presentado como un “dictador”, un agente alemán, un agente zarista, un nuevo zar y, finalmente, el precursor de Stalin y del estalinismo. El estruendo ha ido in crescendo.

Las historias que venden son tan risibles que da vergüenza leerlas. Hay literalmente cientos de estos supuestos “historiadores” ignorantes, todos repitiendo la misma cantinela y haciendo las mismas absurdas afirmaciones sobre Lenin que hielan la sangre. Pocos, si es que hay alguno, merecen la pena ser leídos. Incluso las obras más “pulidas” sobre Lenin están impregnadas de veneno.

“El bolchevismo se fundó sobre una mentira, sentando un precedente que se seguiría durante los siguientes 90 años. Lenin no tenía tiempo para la democracia, ni confianza en las masas, ni escrúpulos en el uso de la violencia. Quería un partido pequeño, estrechamente organizado y estrictamente disciplinado de revolucionarios profesionales de línea dura, que hicieran exactamente lo que se les ordenara.”²

“

Lenin destaca como un gigante en contraste con todas las palabras y hechos de los liliputienses dirigentes obreros y sindicales, tanto de derechas como de izquierdas, que en la práctica han aceptado el sistema capitalista.

”

Este ejemplo procede de la pluma envenenada de Anthony Read en *El mundo en llamas*.

“Aquí se encuentran los gérmenes del gobierno por el terror, de la aspiración totalitaria al control total de la vida y la opinión públicas”, señala Richard Pipes, en una historia de terror escrita para asustar lectores de temperamento nervioso.

“Lenin fue el primer jefe de partido moderno que alcanzó el estatus de dios: Stalin, Mussolini, Hitler y Mao Zedong fueron todos sus sucesores en este sentido”, escribe Figes para no quedarse atrás.

Estos charlatanes adinerados y bien pagados nunca se darán por vencidos. Su campaña de mentiras continuará hasta que el propio capitalismo sea derrocado. Deberíamos dejarles hacer su trabajo sucio, como a las brujas de Macbeth.

A pesar de todos sus esfuerzos por agriar las mentes de los jóvenes contra Lenin y el bolchevismo, las cosas no están saliendo como estaba previsto. La gente está empezando a cuestionar la “narrativa” oficial, como ocurre con la mayoría de las cosas. Desgraciadamente para los lacayos literarios de la burguesía, ¡sus tonterías anticomunistas no están teniendo el impacto deseado!

Por desgracia, como se ve obligado a admitir el profesor Orlando Figes, “los fantasmas de 1917 no han sido exorcizados”.³ Y, dado el período en que hemos entrado, tampoco lo estarán.

UN FARO DE ESPERANZA

Estamos en una época de agitación sin precedentes. El capitalismo como sistema socioeconómico se ha agotado y decenas de millones de personas en todo el mundo cuestionan su legitimidad. En consecuencia, buscan activamente una salida a este callejón sin salida. Sin embargo, los viejos partidos están cada vez más desacreditados y millones de personas se han hartado de los reformistas melindrosos de todo tipo que sólo quieren “reformular” el sistema hasta cierto punto. Pero esto es como pedirle a un leopardo que cambie sus manchas o intentar achicar el océano con una cuchara.

Lenin destaca como un gigante en contraste con todas las palabras y hechos de los liliputienses dirigentes obreros y



Desfile del primero de mayo 1919

sindicales, tanto de derechas como de izquierdas, que en la práctica han aceptado el sistema capitalista. También ellos, junto con los burgueses, miran a Lenin con horror o, en el mejor de los casos, simplemente como “anticuado”, sus ideas carentes de valor ni relevancia.

Pero no es tan fácil deshacerse de Lenin y sus ideas. “La doctrina de Marx es omnipotente, porque es exacta”, explicó. Es “completa y armónica, da a los hombres una concepción del mundo íntegra, inconciliable con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa”.⁶

Es una teoría para cambiar el mundo, en la que la teoría y la práctica no están separadas, sino que forman un todo unificado. Por ello, Lenin, un verdadero marxista, dedicó su vida a la victoria de la revolución socialista mundial. En este sentido, destaca como un faro para los trabajadores con conciencia de clase de todo el mundo.

Hoy en día existe un creciente interés por Lenin y sus ideas y hay un intento, especialmente por parte de muchos jóvenes, de redescubrir el auténtico programa del leninismo y el bolchevismo. Este interés y la profunda crisis del sistema capitalista demuestran la relevancia de Lenin para el aquí y ahora.

BOLCHEVISMO

Lenin se irguió sobre los hombros de Marx y Engels, y puso en práctica sus ideas. El leninismo es simplemente marxismo en la época imperialista de la revolución y la contrarrevolución.

Dada la despiadada lucha contra el viejo orden capitalista, Lenin subrayó la necesidad vital de construir un partido disciplinado y teóricamente blindado. Era un revolucionario de tal visión que sólo podía ser el líder del partido más intrépido, capaz de llevar sus pensamientos y acciones hasta su conclusión lógica. Fundió su destino con el destino del partido proletario y sus objetivos.

Dada la traición de los viejos dirigentes socialdemócratas, era vital crear una nueva dirección revolucionaria. Esto significaba que había que formar nuevos partidos comunistas que organizaran a la clase obrera para tomar el poder. A diferencia de los viejos partidos reformistas, que se habían convertido en gran medida en máquinas electorales, estos nuevos partidos seguirían el modelo del Partido Bolchevique, tanto en organización como en perspectiva revolucionaria.

“En el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra a todos los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable”,⁷ explicaba Lenin en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*.

“Sólo la historia del bolchevismo en todo el período de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.”⁸

El Partido Bolchevique pudo desempeñar ese papel, dada su singular historia y el papel de Lenin. Como él mismo explicó:

“Rusia hizo suya la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales y un conocimiento tan excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país.”⁹

El Partido Bolchevique bajo Lenin fue el partido más revolucionario de la historia. Lenin comprendió que un partido así debía construirse antes de que estallaran los acontecimientos revolucionarios. Desde luego, no podía improvisarse o crearse espontáneamente durante una revolución, ya que sería demasiado tarde. Toda la experiencia del pasado así lo demuestra.

En primer lugar, era importante crear una red de cuadros marxistas, que actuaría como marco en torno al cual podría construirse con el tiempo un partido de masas. Dado que la revolución era un asunto serio, Lenin luchó por la creación de un partido de “revolucionarios profesionales” que se dedicaran a la revolución.

Además, el partido revolucionario debía fundarse sobre los cimientos de la teoría marxista. “Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario”¹⁰, escribió Lenin en el *¿Qué*



hacer?, obra dedicada a la construcción de dicho partido. Fue el guardián teórico del partido, que bajo su dirección desarrolló su propia moral proletaria basada en los intereses de la revolución socialista.

Para Lenin, esta lucha por la teoría marxista era una tarea esencial. Por lo tanto, el papel de la *Iskra* de Lenin consistía en emprender “la lucha resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo”, que, según explicaba, se había puesto “de nuevo a la orden del día”¹¹.

Lenin escribió *¿Qué hacer?* en un período de retroceso teórico y revisionismo dentro de la socialdemocracia rusa. Gran parte del folleto de Lenin está dedicado a refutar los argumentos de la corriente “economicista”, que renunciaba a la lucha política en nombre de la “espontaneidad” y el obrerismo. Pero también era necesario hacer frente a la influencia del llamado “marxismo legal”, que vaciaba al marxismo de todo su contenido revolucionario.

Para Lenin, la defensa de la teoría marxista requería algo más que la repetición de viejas fórmulas; significaba una aplicación del método del marxismo a la situación concreta. Era esencial no imponer la teoría a la realidad. La realidad era el punto de partida. Como advirtió Lenin, la teoría, cuando se reduce a un dogma abstracto, puede ser mal utilizada para justificar el revisionismo:

“El marxismo es una doctrina extraordinariamente profunda y polifacética. No es extraño, por ello, que entre los “argumentos” de quienes rompen con el marxismo se puedan encontrar siempre fragmentos de citas de Marx,

sobre todo si se reproducen citas inoportunamente.”¹²

Subrayó que el marxismo no era un dogma sin vida, ni una doctrina prefabricada e inmutable, sino una guía viva para la acción. Esto significaba que era vital relacionar las ideas del marxismo con la situación real, y no enredarse en fantasías. “La verdad es concreta”, repetía a menudo. La gran prueba para los revolucionarios era conectar estas ideas con el movimiento real de la clase obrera. De este modo, podrían ganar apoyo y dar fruto.

FLEXIBILIDAD

Lenin siempre fue firme en los principios, pero muy flexible en la organización y la táctica. Este fue uno de los grandes puntos fuertes de Lenin. Comprendió que la construcción de un auténtico Partido Comunista, como ocurrió con el Partido Bolchevique, no era una línea recta. Para ganarse a los trabajadores, especialmente a la que seguía bajo la influencia de los partidos reformistas, se necesitaban tácticas flexibles. No se trataba de una cuestión secundaria. En su maravillosa obra, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Lenin explicaba:

“Falta sólo una cosa para que marchemos hacia la victoria con más firmeza y seguridad; que los comunistas de todos los países comprendamos por doquier y hasta el fin que en nuestra táctica es necesaria la *flexibilidad* máxima.”¹³

Lenin desarrolló una gran “percepción” de la situación y fue capaz de evaluar las cosas cada vez que se producía un giro brusco en los acontecimientos. Sabía

diferenciar lo esencial de lo secundario. Como explicó Trotsky:

“Dirigir la visión revolucionaria hacia el futuro, abarcar lo esencial, lo fundamental, lo importante; éste era el don peculiar que Lenin poseía en el más alto grado. Cualquiera que hubiese podido, como pude hacerlo yo, observar de cerca el trabajo de Vladimir Ilich, no podría menos que mirar con entusiasmo –repeto la palabra entusiasmo– este don de pensamiento penetrante y agudo que rechazaba todo lo externo, lo fortuito, lo superficial, a fin de percibir los caminos principales y los métodos de acción. La clase obrera sólo aprende a apreciar a esos jefes que habiendo trazado el camino de su desarrollo, marchan con un paso seguro y perseverante, incluso cuando los prejuicios del mismo proletariado a veces son un obstáculo para ellos.”¹⁴

Sobre todo, Lenin supo adaptarse a los cambios que se producían con anticipación. Por lo general, esto requería un cambio de táctica que se correspondiera con las nuevas necesidades de la situación. Una vez más, estos cambios no siempre eran sencillos y podían dar lugar a agudas polémicas en el seno del partido. No en vano el bolchevismo era conocido como una escuela de los golpes duros.

En cada etapa del desarrollo del partido, desde los primeros círculos de la clandestinidad hasta el trabajo de masas de 1905, hasta 1917 y más allá, Lenin tuvo que superar la resistencia de quienes se aferraban a los métodos del pasado. A cada cambio de táctica que se proponía,



se encontraba generalmente con una dura resistencia. La razón de esta resistencia era que la vida del partido siempre desarrolla un cierto rutinismo. Cuando la situación cambia, estas rutinas entran en conflicto con las nuevas exigencias. Hay muchos ejemplos de ello.

El intento de Lenin de profesionalizar el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en el II Congreso de 1903, en el que trató de alejar al partido de la mentalidad de pequeño círculo, informal del primer periodo, condujo en realidad a una escisión entre bolcheviques y mencheviques.

La Revolución de 1905 abrió nuevos desafíos. Para aprovechar las condiciones abiertas, Lenin intentó romper con los métodos del trabajo clandestino. Esto le enfrentó a los “hombres de comité”. Éstos eran revolucionarios entregados que habían crecido en las condiciones del trabajo clandestino, lo que moldeó su perspectiva. Así que cuando la situación se abrió para el trabajo legal, les resultó difícil adaptarse y se convirtieron en un obstáculo. Esto condujo a una tremenda ruptura.

Pero Lenin no estaba dispuesto a ceder. Las nuevas oportunidades exigían un cambio de enfoque. Por lo tanto, tuvo que entablar batalla con los hombres de los comités y sus métodos. Era hora de abrir el Partido. Lenin no se anduvo con rodeos:

“Necesitamos fuerzas jóvenes. Soy partidario de fusilar en el acto a cualquiera que se atreva a decir que no hay gente. La gente en Rusia es legión; todo lo que tenemos que hacer es reclutar jóvenes más amplia y audazmente, más audaz y ampliamente, y de nuevo más amplia y de nuevo más audazmente, *sin temerles*. Estamos en tiempos de guerra. La juventud, los estudiantes, y más aún los jóvenes trabajadores. Deshazte de

Lenin en la inauguración del monumento a Marx y Engels, Moscú, 7 de noviembre de 1918

todos los viejos hábitos de inmovilidad, de respeto al rango, etc. Formen *cientos* de círculos de *vperyodistas* entre los jóvenes y animenlos a trabajar a toda máquina...”¹⁵

Lenin exigió que los dirigentes bolcheviques rompieran con el viejo rutinismo y pusieran a la organización en pie de guerra. De lo contrario, existía un peligro real de que se desaprovecharan las nuevas oportunidades que se le presentaban al partido. Una vez más, Lenin llamó a la acción:

“Sólo debes asegurarte de organizar, organizar y organizar *cientos* de círculos, relegando completamente a un segundo plano las habituales y bienintencionadas estupideces (jerárquicas) de los comités. Estamos en tiempos de guerra. O creáis en todas partes organizaciones de combate *nuevas*, jóvenes, frescas y enérgicas para el trabajo socialdemócrata revolucionario de todas las variedades entre todos los estratos, o os hundiréis, llevando la aureola de burócratas de ‘comité’.”¹⁶

El enfoque rutinario de algunos de los dirigentes bolcheviques se extendió a su actitud hacia los recién formados soviets. Los Soviets fueron creados espontáneamente por los trabajadores en lucha, y eran comités de huelga ampliados. Pronto se convirtieron en un poder alternativo al antiguo régimen zarista.

En lugar de acoger a estas nuevas formaciones de clase, algunos de los viejos dirigentes bolcheviques las consideraban competidoras del partido. Adoptaron un enfoque completamente sectario. Fue necesaria la intervención personal de Lenin para corregir este error. De hecho, Lenin consideraba a los soviets como “el embrión de un gobierno obrero”¹⁷, lo que demostraba su clarividencia, y se confirmó en los acontecimientos de 1917.

En 1905, el POSDR, compuesto por las facciones menchevique y bolchevique, se transformó en un partido de masas. Esto demostró el enorme potencial de la situación, pero no duró.

La derrota de la Revolución de 1905 abrió un periodo de sangrienta reacción en Rusia. El movimiento sufrió un duro revés. Esto a su vez provocó muchas deserciones del partido, especialmente de los tipos más pequeñoburgueses que no podían soportar la presión. El ambiente dentro del partido era muy malo y los bolcheviques quedaron reducidos a un cascarón.

Hubo muchos problemas en estos años de reacción. Lenin se vio obligado a romper con los que habían sucumbido a los ánimos de desesperación y virado hacia el ultraizquierdismo, por un lado, como los bolcheviques que insistían en boicotear las elecciones a la Duma Estatal mucho después de que la Revolución hubiera sido



Lenin consideraba a los soviets como “el embrión de un gobierno obrero”, lo que demostraba su clarividencia, y se confirmó en los acontecimientos de 1917.



derrotada, y por otro, los que querían disolver el partido por completo (los “liquidadores”).

Una vez más, Lenin tuvo que entrar en una lucha en el plano teórico, contra quienes intentaban revisar los principios filosóficos más básicos del movimiento marxista, incluido el propio materialismo. Fue en este período cuando Lenin escribió *Materialismo y empiriocriticismo* como polémica contra una tendencia del movimiento marxista ruso que se apartaba del materialismo dialéctico y se dirigía hacia el callejón sin salida filosófico del idealismo subjetivo.

En el plano organizativo, hubo intentos de fusionar las facciones menchevique y bolchevique tras la Revolución de 1905. Sin embargo, las crecientes diferencias políticas lo impidieron. Los mencheviques consideraban a los liberales como la fuerza que debía liderar la revolución, mientras que los bolcheviques se dirigían a los obreros y campesinos pobres. Finalmente, tomaron caminos separados y el Partido Bolchevique se constituyó formalmente en abril de 1912.

REARMAR EL PARTIDO

Se ha creado el mito de que Lenin gobernaba el Partido Bolchevique con una vara de hierro, lo que claramente no era el caso. Hubo muchas ocasiones en las que Lenin estuvo en minoría, incluso dentro de la dirección. La autoridad de Lenin no se basaba en agitar un gran garrote, sino en su autoridad política, construida sobre un enfoque paciente.

Cuando Lenin se enfrentó a la Revolución de Febrero en 1917, las nuevas tácticas que propugnaba encontraron poco apoyo.

La revolución había conducido al derrocamiento del zarismo y había instaurado un gobierno provisional, formado por representantes de la burguesía. Al mismo tiempo, los obreros rusos crearon soviets a una escala aún mayor que en 1905. Los dirigentes bolcheviques dentro de Rusia –especialmente Kámenev y Stalin– estaban embriagados con la revolución y por los sentimientos de “unidad” que prevalecieron en sus primeros días. Como resultado, adoptaron una actitud completamente equivocada hacia el Gobierno Provisional. En lugar de oponerse al gobierno, le dieron un

‘apoyo crítico’, incluyendo su apoyo a la guerra imperialista.

Lenin estaba furioso. Mientras seguía intentando salir de Suiza hacia Rusia, escribió una serie de artículos –sus célebres *Cartas desde lejos*, que constituyeron la base de sus famosas *Tesis de abril*– oponiéndose al gobierno Provisional capitalista y llamando a una nueva revolución.

Los bolcheviques se habían educado durante mucho tiempo en la perspectiva de una “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, vinculada a la idea de provocar una revolución socialista en Occidente. Aunque esta formulación consideraba la revolución venidera como una revolución burguesa para barrer los vestigios del feudalismo y preparar el terreno para el desarrollo capitalista, la dirección de esta revolución no recaería en la burguesía, que desempeñaba un papel contrarrevolucionario, sino en los obreros y campesinos. Sin embargo, esta fórmula tenía un carácter algebraico en el sentido de que la cuestión de qué clase desempeñaría el papel dirigente en esta alianza quedaba abierta, como una “incógnita”.

La posición bolchevique contrastaba notablemente con la de los mencheviques, que decían que la revolución era burguesa y, por tanto, debía ser dirigida por la burguesía. Los obreros, a sus ojos, sólo debían desempeñar un papel de apoyo.

Trotsky, por su parte, había propuesto su propia teoría de la “revolución permanente” como perspectiva para Rusia. Aunque estaba de acuerdo con los bolcheviques en que la burguesía era contrarrevolucionaria, creía que la única clase capaz de dirigir la revolución era la clase obrera, apoyada por los campesinos pobres. Sin embargo, en lugar de establecer una “dictadura democrática”, Trotsky defendía un gobierno obrero que barriera en primer lugar el feudalismo (las tareas “democráticas”), pero que luego procediera a las tareas socialistas. Esta revolución socialista, a su vez, provocaría la revolución en Occidente, que acudiría en ayuda de los trabajadores rusos. De ahí su carácter “permanente”.

La posición planteada por Lenin en abril de 1917 era fundamentalmente idéntica a la de Trotsky. Sin embargo, los “viejos dirigentes bolcheviques” se opusieron,

aferrándose a la fórmula original de la "dictadura democrática".

Lenin se vio obligado a utilizar toda su autoridad política para cambiar la dirección del partido. De ese modo, tuvo que enfrentarse a los autodenominados "viejos bolcheviques", ¡que le acusaron de "trotskismo"!

Ante el retroceso de los dirigentes bolcheviques, y dado lo que estaba en juego, Lenin se lanzó a la batalla:

"preferiré incluso una ruptura inmediata con cualquier miembro de nuestro partido, quienquiera que sea, antes que hacer concesiones al socialpatriotismo de Kerenski y Cía., o al socialpacifismo y al kautskismo de Chjeídze y Cía."¹⁸

Continuó:

"A los obreros hay que decirles *la verdad*. Debemos decir que el gobierno de Guchkov-Miliukov y Cía. es un gobierno imperialista, que los obreros y campesinos deben *primero* (ahora o después de las elecciones a la Asamblea Constituyente, si es que no se engaña sobre este punto al pueblo y no se aplazan las elecciones para después de la guerra; no es posible resolver desde aquí el problema de elegir el momento), primero deben transferir todo el poder del Estado a manos de la clase obrera, enemiga del capital, enemiga de la guerra imperialista, y sólo entonces *tendrán derecho* a lanzar llamamientos pidiendo el derrocamiento de *todos* los reyes y de todos los gobiernos burgueses."¹⁹

A continuación, dirigió su atención a los "viejos bolcheviques":

"Aquí oímos el alboroto de las réplicas de aquellos a quienes gusta llamarse "viejos bolcheviques": ¿Acaso no hemos dicho siempre que la revolución democrática burguesa sería terminada solamente por "dictadura democrática revolucionaria

del proletariado y de los campesinos"? ¿Acaso la revolución agraria, también democrática burguesa, ha terminado? ¿Acaso no es, por el contrario, un hecho que esta última *todavía* no ha comenzado?

Contesto: las consignas y las ideas bolcheviques, en general, han sido plenamente confirmadas por la historia, pero, concretamente, las cosas han resultado de otro modo de lo que podía (quienquiera que sea) esperar, de un modo más original, más peculiar, más variado.

Desconocer, olvidar este hecho, significaría semejarse a aquellos "viejos bolcheviques", que ya más de una vez desempeñaron un triste papel en la historia de nuestro partido, repitiendo una fórmula tontamente *aprendida*, en vez de dedicarse al *estudio* de las peculiaridades de la nueva y viva realidad...."

Quien ahora hable solamente de la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos", se ha rezagado de la realidad y, por esta razón, *se ha pasado*, de hecho, a la pequeña burguesía contra la lucha proletaria de clase y hay que mandarlo al archivo de las curiosidades

"bolcheviques" prerrevolucionarias (al archivo que podríamos llamar "de los viejos bolcheviques")...

Por ahora es necesario asimilar la verdad indiscutible de que un marxista debe tener en cuenta la vida real, los hechos exactos de la realidad, y no seguir aferrándose a la teoría de ayer, que, como toda teoría, en el mejor de los casos, sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca de un modo aproximado la complejidad de la vida. 'La teoría, amigo mío, es gris, pero el árbol de la vida es eternamente verde' Quien plantee la cuestión de la "terminación" de la revolución burguesa al viejo estilo, sacrifica el marxismo vivo en aras de la letra muerta".²⁰

A principios de abril de 1917, Lenin estaba completamente aislado dentro del partido Bolchevique cuando planteó la nueva perspectiva de la revolución socialista. Los viejos dirigentes se habían convertido en un obstáculo, al igual que anteriormente con los hombres del comité. El único dirigente que le apoyaba era Kollontai. El resto se opuso.

Pero con la fuerza de los argumentos de Lenin y la experiencia de los bolcheviques sobre el terreno, pronto pudo ganarse a la mayoría del partido y dirigir el rumbo hacia la Revolución de Octubre.

Incluso entonces, en octubre de 1917, en los días previos a la insurrección, se enfrentó a la oposición dentro de la dirección, especialmente de Zinóviev y Kámenev, que habían estado con él durante años. Una vez más, tuvo que arriesgar toda su autoridad política para asegurar el éxito de la insurrección.

Todo le había preparado para este momento. "¡Ellos se atrevieron!", por citar a Rosa Luxemburgo. Lenin había puesto en práctica las ideas del marxismo. No se podía pedir nada más a los obreros rusos. Habían barrido el capitalismo y el latifundismo y establecido una República Soviética de los trabajadores.

INTERNACIONALISMO

Para Lenin, la Revolución de Octubre no era un fin en sí mismo, sino sólo el pistoletazo de salida para que la clase obrera conquistara el poder en todo el mundo. Este internacionalismo no obedecía a razones sentimentales, sino que surgía del carácter internacional del capitalismo, que había sentado las bases materiales de una nueva sociedad sin clases. En particular, había creado una clase obrera internacional, cuya misión histórica era convertirse en la sepulturera del capitalismo.

Fue sobre esta sólida base que Lenin formuló una posición clasista de principios al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, en un momento en que todos los partidos de la II Internacional se alineaban en defensa de su 'propia' clase



“ Para Lenin, la Revolución de Octubre no era un fin en sí mismo, sino sólo el pistoletazo de salida para que la clase obrera conquistara el poder en todo el mundo.

capitalista. Y esta lucha por preservar la bandera del internacionalismo proletario, en la que Lenin se encontró en una pequeña minoría, culminaría con el derrocamiento revolucionario del capitalismo en Rusia en 1917 y el establecimiento de la Internacional Comunista como el partido mundial de la revolución socialista en 1919.

Lenin nunca contempló la idea del “socialismo en un solo país”, como plantearon los estalinistas años más tarde. Era lo contrario de su perspectiva de la revolución mundial. Para Lenin, la Revolución Rusa no pretendía construir el ‘socialismo ruso’, un completo disparate en unas condiciones tan atrasadas. La victoria en Rusia, creando una plaza fuerte proletaria, era el punto de partida de la revolución mundial. No es casualidad que subrayara que, sin revolución en Occidente, la Revolución Rusa estaba condenada al fracaso.

Como el propio Lenin explicó el 29 de julio de 1918:

“... jamás nos hemos hecho la ilusión de que con las fuerzas del proletariado y de las masas revolucionarias de un solo país -por más heroicas que sean, por más

grandes que sean su organización y disciplina-, de que con las fuerzas del proletariado de un solo país se pueda derrocar el imperialismo internacional: eso únicamente puede hacerse con el esfuerzo conjunto de los proletarios de todos los países pero sin forjarnos la ilusión de que eso pueda lograrse con las fuerzas de un solo país. Sabíamos que nuestros esfuerzos llevan inevitablemente a la revolución mundial y que con los esfuerzos de los gobiernos imperialistas no se puede poner fin a la guerra empezada por ellos. Con la guerra únicamente pueden acabar los esfuerzos de todo el proletariado, y nuestra tarea, al subir al poder ... era, lo repito, mantener ese poder, esa antorcha del socialismo para que continuara echando todas las chispas posibles al creciente incendio de la revolución socialista.”²¹

Esta idea fue expresada por Lenin una y otra vez. Lenin confiaba plenamente en el éxito de la revolución mundial y trabajaba para conseguirlo.

Sin embargo, la teoría antimarxista del “socialismo en un solo país” se convirtió en la piedra angular del estalinismo; de hecho, aceptarla se convirtió en una condición para afiliarse a los partidos comunistas estalinistas.



En 1956, tras las revelaciones de Jruschov sobre Stalin en el XX Congreso, se produjo una profunda crisis en las filas de los partidos comunistas. A esto se sumó el aplastamiento de la revolución húngara por las tropas rusas a finales de año. Todo lo que se había enseñado a los miembros del PC fue puesto en tela de juicio y hubo muchas discusiones sobre el pasado del partido y la importancia de la Revolución Rusa.

Durante las discusiones, cuando se plantearon citas de Lenin contra la teoría del socialismo en un país, algunos miembros destacados del PC estaban tan desorientados que llegaron a cuestionar la validez de la Revolución de Octubre.

“Nunca me fue posible (aunque seguí intentándolo) convencer a un trotskista de que estas citas demostraban que Lenin era un apostador loco”, escribió Alison Macleod, que trabajaba para el *Daily Worker*. «¿Qué derecho tenía [Lenin] a derrocar a Kerensky, si tomar el poder en Rusia no iba a ser suficiente? ¿Qué derecho tenía a jugarse millones de vidas en una revolución en Alemania, que no tenía poder para llevar a cabo?»²²

Completamente conmocionada y desilusionada, Macleod abandonó el PC en

abril de 1957, después de haber trabajado en el *Daily Worker* durante una docena de años, junto con miles de otras personas. Ella y muchos otros habían sido criminalmente maleducados y engañados por Moscú. Como resultado, muchos dieron la espalda al movimiento revolucionario.

La fe de Lenin en una revolución exitosa en Alemania no era una apuesta desesperada, como afirma Macleod. De hecho, las posibilidades de victoria en 1923 eran extremadamente altas.

Después de todo, el Partido Comunista Alemán (KPD) era el Partido Comunista más poderoso fuera de la Unión Soviética y la crisis del verano de 1923 (ver *América Socialista - en defensa del marxismo* nº 33) había producido una situación revolucionaria. Las masas se orientaban al KPD buscando una salida.

Por desgracia, los dirigentes del PC alemán no estuvieron a la altura de las circunstancias. Cuando fueron a Moscú en busca de consejo, Lenin estaba incapacitado tras sus apoplejías

y Trotsky estaba fuera. Quienes les aconsejaron fueron Stalin y Zinóviev, que instaron a la moderación cuando los comunistas alemanes deberían haberse estado preparando para la toma del poder. Como resultado, se perdió la oportunidad, con terribles consecuencias.

El éxito de la Revolución Alemana habría cambiado por completo el curso de la historia mundial. Habría roto el aislamiento de la Rusia soviética y provocado una crisis revolucionaria masiva en Europa. Sin embargo, su derrota provocó una amarga desilusión, especialmente en Rusia, fortaleciendo la mano de la burocracia soviética, sentando a su vez las bases del estalinismo. El estalinismo, como consecuencia, se convirtió en una enorme barrera para la revolución mundial, y allanó el camino para la victoria de Hitler con su teoría del “social facismo” que dividió a la clase obrera alemana. Esto condujo a los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Nada de esto estaba predestinado. Una revolución exitosa en Alemania habría cortado de raíz tal desarrollo. Lo que faltó en Alemania no era un Partido Comunista de masas, que ya existía, sino un Lenin y un Trotsky que lo dirigieran.

A diferencia de los dirigentes estalinistas, Lenin tenía una fe colosal en la clase

obrero y en su capacidad para derrocar al capitalismo en todo el mundo. Pero lo que se necesitaba era una auténtica dirección revolucionaria que guiara la lucha hasta su conclusión lógica. En eso se pueden resumir todas las lecciones del bolchevismo.

EN DEFENSA DE LENIN

Equiparar la limpia bandera de Lenin con el régimen manchado de sangre de Stalin no sólo interesa a los capitalistas, sino también a los estalinistas por sus propias razones. No puede haber mayor abominación.

A pesar de su papel crucial, Lenin era un hombre muy modesto, nada que ver con la caricatura infalible que presentan de él los estalinistas. Admitía francamente sus errores para aprender de ellos. Muchas veces, después de la Revolución de Octubre, echaba la vista atrás y se reía de los errores y “estupideces” que habían cometido. Sin embargo, Lenin cometió menos errores que la mayoría y fue capaz de corregirlos. Esto reforzó su autoridad. Su fuerza consistía en no tener miedo a la verdad, fuera cual fuera la situación.

Lenin no nació Lenin completamente formado, como Atenea de la frente de Zeus, como lo han retratado los estalinistas a lo largo de los años. Dentro de este falso esquema de las cosas, no hay lugar para el desarrollo de las ideas ni siquiera para los errores. Lenin es presentado como una idealización alejada de la realidad. Los estalinistas necesitaban una figura así para encubrir su supuesta infalibilidad. Cínicamente lo convirtieron en un icono absurdo. Pero ésta es una imagen totalmente falsa que no se corresponde con los hechos.

En realidad, Lenin se hizo a sí mismo. Ampliaba continuamente sus horizontes, aprendía de los demás y se elevaba cada día a un plano superior. Conquistó las ideas del marxismo por sí mismo y enriqueció su comprensión a cada paso. Esto

dio a Lenin una formación como ninguna otra que le dio confianza y seguridad.

Toda la obra de su vida estuvo dedicada a la lucha por el marxismo y a la construcción del partido revolucionario. Sus últimos años fueron una lucha contra el endurecimiento de sus arterias y contra el dominio de la burocracia soviética, que amenazaba con la degeneración de la revolución y con ella el peligro de la restauración capitalista.

Esta lucha estaba directamente ligada a la defensa de los principios fundamentales del marxismo, por los que Lenin había luchado toda su vida. Fue la actitud despectiva y chovinista de la camarilla de Stalin ante la cuestión nacional, en particular en relación con Georgia, lo que alertó a Lenin del grave riesgo de degeneración política en la cúpula del propio Partido Bolchevique.

El centenario de la muerte de Lenin nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre su extraordinaria vida y su contribución y aprender las lecciones. Debería permitirnos descubrir al verdadero Lenin y sus ideas, no por un motivo académico, sino para prepararnos para los poderosos acontecimientos que se avecinan.

Hoy seguimos enfrentados a la alternativa de ‘socialismo o barbarie’. Dada la bancarrota de las viejas organizaciones, la crisis a la que se enfrenta la humanidad puede reducirse a la crisis de la dirección revolucionaria a escala internacional. Nuestra Internacional, basándose en las ideas de Lenin y de los demás grandes maestros marxistas, está reuniendo las fuerzas internacionalmente con el propósito expreso de resolver esta crisis.

Estudiar a Lenin hoy, en medio de esta crisis mundial, ofrece la experiencia concreta más valiosa para resolver los problemas que enfrenta la clase obrera en la época de la guerra y la revolución.

Para nosotros, las ideas de Lenin son lo más parecido a un manual para la

revolución mundial. Pero para muchos, incluso en la supuesta “izquierda”, siguen siendo un libro cerrado. Debemos dejar que los escépticos y cínicos, que tachan a Lenin de “anticuado”, se cuezan en su propia salsa.

El comunismo está inextricablemente ligado al nombre de Lenin y a la Revolución Rusa, pero los Partidos Comunistas de hoy son “comunistas” sólo de nombre. Bajo el estalinismo sufrieron una completa degeneración. Hace tiempo que abandonaron las ideas de Lenin y del bolchevismo y, en su lugar, adoptaron perspectivas reformistas.

Los antiguos estalinistas se unen ahora a la campaña de los historiadores burgueses para ensuciar el nombre del bolchevismo. Sí, pueden denunciar a Lenin, pueden derribar estatuas, pueden saquear los bienes del Estado, pero hay una cosa que no pueden hacer: nunca podrán matar una idea cuyo momento ha llegado. Esto es lo que les atormenta y les provoca pesadillas.

Con el creciente interés por Lenin y el comunismo, vale la pena repetir las palabras del propio Lenin del 6 de marzo de 1919:

“Tienen miedo de que una decena o una docena de bolcheviques contaminen el mundo entero. Sabemos que este miedo es ridículo, porque ellos ya han contaminado todo el mundo...”²³

Con este pensamiento en mente, nos dedicamos de nuevo al objetivo de recrear la Internacional Comunista a un nivel aún más alto. Eso significa una defensa de las ideas de Lenin y construir las fuerzas del comunismo. Esta es nuestra tarea urgente cien años después de la muerte de Lenin. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc34
o escanea el código QR



¡ÚNETE A LA CMI HOY!

americasocialista.org/unete



COMO LENIN ESTUDIÓ A HEGEL

En el otoño de 1914 Lenin comenzó un estudio detallado de los escritos de Hegel. Sus notas contienen una brillante visión del método dialéctico, del que era un maestro. En este artículo, **Hamid Alizadeh** expone los aspectos esenciales de este método, subrayando la importancia fundamental de la teoría para el movimiento comunista.

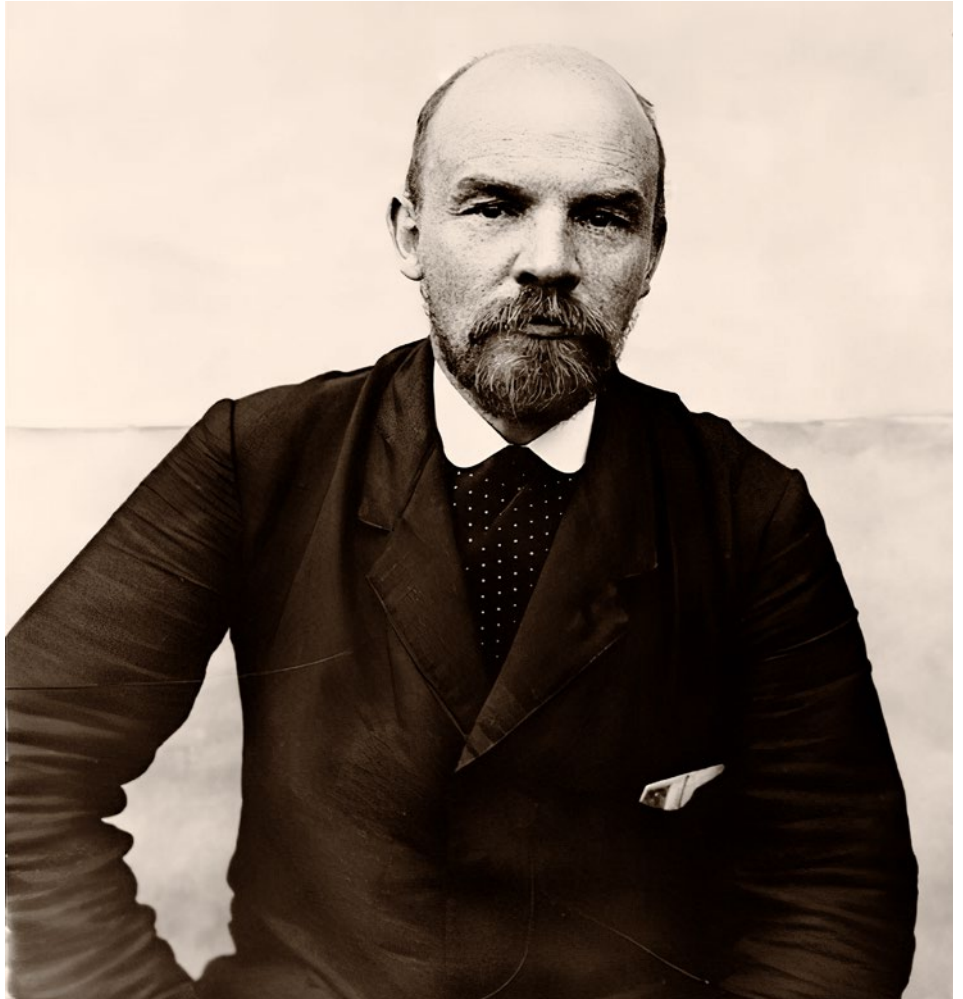
En el verano de 1914 estalló la guerra en Europa y el curso de la historia mundial cambió de la noche a la mañana. Con la bendición de los traidores dirigentes socialdemócratas, la burguesía europea arrastró a la humanidad a una espiral de carnicería infernal, en la que decenas de millones de obreros y campesinos fueron enviados al matadero.

La traición de la dirección desgarró la II Internacional, la principal organización del movimiento obrero internacional, dejando al proletariado mundial indefenso mientras la reacción levantaba su fea cabeza por todas partes. Mientras tanto, las fuerzas del marxismo revolucionario habían quedado reducidas a una pequeña minoría, dispersas por toda Europa y sin una plataforma o dirección claras.

Lenin se encontraba en Polonia cuando estalló la guerra y tuvo que trasladarse precipitadamente a Suiza. No había previsto la traición de los dirigentes de la Internacional y, en un principio, se sintió conmocionado al conocer la noticia de que el partido alemán había votado a favor de los créditos de guerra en el Reichstag. Ahora la Internacional estaba en ruinas, la lucha de clases en Rusia retrocedía ante la guerra y Lenin estaba aislado de todos sus camaradas, salvo de un puñado.

Sin embargo, precisamente en ese momento, cuando las tareas organizativas y políticas inmediatas se vislumbraban más grandes que nunca, Lenin se lanzó a un estudio en profundidad de la filosofía hegeliana. Pero, ¿por qué molestarse, se preguntarán algunos, en sumergirse en cuestiones teóricas abstractas en semejante crisis? Para la mente mecánica esto podría parecer extraño e incluso ridículo. ¿Qué pasa con las “necesidades” del partido? Sin duda, en una situación así, la tarea consiste en centrarse en los asuntos *prácticos* inmediatos.

Tal respuesta armonizaría ciertamente con la burda representación burguesa de Lenin como un filisteo, un ‘hombre de acción’; un severo ‘maestro conspirador’ que no se entregaba a asuntos tan triviales como la contemplación filosófica -una



imagen, por cierto, de la que la caricatura estalinista de Lenin no se aleja demasiado.

En realidad, tal visión contrasta fuertemente con el método real de Lenin y del marxismo en general. Lo que diferenciaba a Lenin de los demás dirigentes de la II Internacional era, ante todo, su claridad y su coherente posición de clase, cualidades que se basaban únicamente en su perspicacia teórica.

En 1914, la guerra se abatió sobre la situación mundial como un gigante tornado, desgarrando todo lo firme y sólido que encontraba a su paso. Todos los países sufrieron violentas turbulencias. Todas las tendencias políticas fueron puestas a prueba y la más mínima debilidad

expuesta sin piedad. En tales condiciones, la improvisación impresionista no podía conseguir absolutamente nada.

Los marxistas habían previsto la guerra. Sin embargo, era una situación nueva, que exigía una hábil reorientación del partido. Este fue el contexto en el que Lenin emprendió un nuevo viaje hacia la filosofía como medio de profundizar en su comprensión de las leyes de la naturaleza y la sociedad.

Sus cuadernos filosóficos de este período, y en particular sus notas sobre la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, no sólo son un tesoro de ideas, sino que también nos proporcionan una descripción muy instructiva del enfoque y la actitud de Lenin hacia la teoría.

EL MÉTODO DE LENIN

Lenin no era en absoluto ajeno a Hegel ni a la filosofía en general. Había estudiado con ahínco las obras filosóficas de Marx y Engels, así como los escritos filosóficos de Plejánov, que desempeñaron un papel clave en el desarrollo del núcleo inicial de revolucionarios marxistas en Rusia.

También se había embarcado en un periodo de serios estudios filosóficos tras la revolución de 1905, y escribió un libro, *Materialismo y empiriocriticismo*, contra las ideas revisionistas de Bogdánov, un dirigente bolchevique que había derivado hacia la órbita de la filosofía burguesa reaccionaria.

Así pues, como revelan sus cuadernos filosóficos, Lenin ya era un dominaba la dialéctica antes de 1914. Sin embargo, nunca se percibe en él el menor atisbo de cómoda autosatisfacción con su nivel político y teórico. Durante toda su vida, como es el sello distintivo de todo maestro, Lenin abordó la teoría con la humildad y la diligencia de un estudiante.

Repasó metódicamente la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, tomando notas detalladas y contemplando todos y cada uno de los conceptos presentados en ella. No fue en absoluto una tarea fácil. En sus propias palabras, algunas partes de la obra parecen ser “la mejor forma de conseguir un dolor de cabeza”.¹ Pero nada que merezca la pena se alcanza sin lucha, y la adquisición de las ideas más avanzadas requerirá, por necesidad, un trabajo serio.

En sus notas podemos ver cómo Lenin, como un anatomista, diseccionó y evaluó cuidadosamente cada parte de la obra de Hegel, antes de juntarlas y ver las ideas como un todo. Al hacerlo, no sólo dominó el método de Hegel, sino que también lo criticó, separando el núcleo vivo de su cáscara muerta. El método de estudio de Lenin era en sí mismo una clase magistral de

dialéctica. Trotsky resumió este enfoque en su artículo *Cómo Lenin estudió a Marx*:

“En el estudio, si no se trata de una repetición mecánica, hay también un acto creador, pero del tipo inverso. Hacer el resumen del libro de otro es poner al desnudo el esqueleto lógico, despojándolo de las pruebas, ilustraciones y digresiones. Vladimir avanzaba por el difícil camino con tensión apasionada y regocijante, resumiendo cada capítulo leído, a veces una sola página, meditando y verificando la estructura lógica, las transiciones dialécticas, los términos. Al internalizar el resultado, se asimilaba el método. Ascendía los peldaños del sistema de otro como si lo edificase de nuevo. Todo iba a alojarse sólidamente en este cerebro maravillosamente dispuesto bajo la potente cúpula del cráneo”.²

Los cuadernos filosóficos de Lenin son testimonio de su mente decidida, que buscaba incansablemente nuevas ideas y ángulos que pudieran ampliar su comprensión del mundo que le rodeaba. Aunque afrontaba las cuestiones organizativas con la mayor flexibilidad, su insistencia en la claridad teórica fue lo que le distinguió como un líder excepcional, y al Partido Bolchevique como la única tendencia revolucionaria consistente de su época.

¿NECESITAMOS FILOSOFÍA?

“Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica.”³

Muchos comunistas pueden citar las famosas palabras de Lenin -o al menos la primera frase- de memoria, y no pierden ocasión de hacerlo. Pero, ¿significa

eso que comprenden todo su significado? La familiaridad puede ser traicionera. Puede adormecer a la gente con una falsa sensación de certeza y, por tanto, impedirles comprender la profundidad de las cosas.

Aquí vemos la diferencia entre el marxismo y el empirismo que caracteriza a la filosofía burguesa actual. Para los marxistas, lo inmediato no es más que una instantánea; una lámina o aspecto de un fenómeno dado, que debe ser estudiado, desarrollado y comprendido en su totalidad concreta. Para los empíricos, lo inmediato es todo lo que hay y todo lo demás es un libro sellado con siete sellos.

Los reformistas adoptan acríticamente la filosofía burguesa y, al igual que sus amos, inclinan la cabeza y doblan la rodilla ante el llamado ‘hecho consumado’. Aquí reside el núcleo filosófico del oportunismo.

La actitud de los reformistas ante la Primera Guerra Mundial es un buen ejemplo. Cada una de las clases dominantes de Europa abordó la guerra desde el punto de vista de sus propios y estrechos intereses nacionales, que justificaron haciendo referencia a elevadas abstracciones, como la “defensa de la patria” o el “derecho de las naciones a la autodeterminación”.

Y así fue como los gobernantes de una nación tras otra entraron en guerra tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, cada uno culpando al otro de provocar las hostilidades. Hasta ese punto entienden los burgueses la Primera Guerra Mundial: como una serie de decisiones tomadas por una serie de gobernantes. En la superficie de las cosas, este curso de los acontecimientos tuvo lugar, sin duda, pero hay otros aspectos más allá de la apariencia superficial.

Los socialdemócratas de la época argumentaban en la misma línea, aunque con una retórica de izquierdas. Los socialdemócratas austriacos se hicieron eco de los sentimientos anti rusos y anti serbios del partido de la guerra en Viena. Plejánov y los oportunistas de la socialdemocracia rusa hablaban de la amenaza del imperialismo reaccionario alemán y de la necesidad de acudir en ayuda de la oprimida Serbia. Mientras tanto, los socialdemócratas alemanes votaron a favor de los créditos de guerra basándose en la necesidad de detener al imperialismo reaccionario ruso, y así sucesivamente.

Todos ellos vieron la guerra únicamente desde la perspectiva de su propia clase capitalista nacional, y sobre esta base se precipitaron a la “defensa de la patria”, votando con entusiasmo para enviar a millones de trabajadores a la muerte.

Lenin, por su parte, explicó que la guerra era producto de todo el período precedente de desarrollo capitalista. El surgimiento de gigantescos monopolios



El asesinato del Archiduque Francisco Fernando en *Le Petit Journal*, 12 de julio 1914

industriales y el dominio del capital financiero marcaron una nueva etapa en la historia del capitalismo, en la que la constante necesidad de exportar capital había impulsado a los países imperialistas avanzados a una lucha feroz por la división y redivisión del globo, en busca de terrenos de inversión, mercados y esferas de influencia.

En tales condiciones, explicó Lenin, la 'defensa de la patria' no era más que una tapadera para la defensa de los estrechos intereses de las clases dominantes de cada nación, es decir, de los intereses de los explotadores y opresores del proletariado y de las masas trabajadoras pobres.

Aquí vemos en la práctica, la diferencia entre aceptar ciegamente la filosofía dominante de la clase dominante frente a adoptar un punto de vista filosófico revolucionario consciente.

En la fase ascendente del capitalismo, la filosofía burguesa se utilizó como una poderosa arma contra el feudalismo y sus defensores ideológicos en la Iglesia católica. Bajo la bandera de la ciencia y la razón, desenmascaró la hipocresía y la irracionalidad de la sociedad feudal.

Pero con la clase capitalista en un callejón sin salida, la naturaleza de su filosofía también ha cambiado y se ha vuelto totalmente conservadora. Al igual que los dogmas de la iglesia que antaño combatía, las doctrinas burguesas de nuestros días defienden el statu quo.

Mientras que las antiguas doctrinas eclesiásticas prescribían la fe y las escrituras como el camino hacia la verdad, el establishment académico de hoy en día y otros expertos a sueldo predicán la irracionalidad de la naturaleza y la sociedad y elevan la experiencia subjetiva inmediata -¡su experiencia subjetiva, sin duda! - como lo único que existe.

En el pasado, los clérigos predicaban sobre el "orden divino de las cosas", con el rey en la cima, seguido de los señores feudales y en la base, las clases bajas. Hoy, los sumos sacerdotes del capital predicán la inviolabilidad del capitalismo -el mercado, la propiedad privada, el Estado-nación y todo el estiercol moral reaccionario que éstos traen consigo- como la esencia inmutable de la humanidad.

La filosofía burguesa se ha convertido, por necesidad, en su contrario. En lugar de revelar la verdad, el verdadero propósito de las ideas que ahora se difunden a través de la religión oficial, los medios de comunicación, las escuelas, etc., es encubrir la verdad.

La verdad es, por tanto, el arma más importante de la clase obrera. Como todas las clases revolucionarias anteriores, el proletariado debe adoptar una filosofía revolucionaria consciente si desea comprender el funcionamiento del capitalismo y cómo puede abolirse el sistema.

PENSAMIENTO ABSTRACTO

"La verdad es concreta", repetía a menudo Lenin, siguiendo a Hegel. Y el marxismo se ocupa ante todo de la verdad. Pero eso no significa que el pensamiento abstracto, como tal, sea falso. Ni mucho menos.

Como escribe Lenin en su resumen de la *Lógica* de Hegel:

"El pensar, que avanza de lo concreto a lo abstracto -siempre que sea correcto (NB) (...) - no se aleja de la verdad, sino que se acerca a ella. La abstracción de la *materia*, de *ley* de la naturaleza, la abstracción del *valor*, etc., en una palabra, *todas* las abstracciones científicas (correctas, serias, no absurdas) reflejan la naturaleza en forma más profunda, *veraz y completa*".⁴

El verdadero conocimiento no es el mero apilamiento de hechos unos sobre otros. Se trata de comprender la relación entre esos hechos. Ése es el papel de la filosofía: proporcionarnos una visión del mundo, un método para acercarnos a la naturaleza y la sociedad que nos rodean. El pensamiento abstracto es verdadero en la medida en que refleja la realidad. La cuestión principal es, por supuesto, ¿cómo podemos llegar a esa verdad?

DIALÉCTICA

La revolución filosófica de Hegel se basaba en su objetivismo, es decir, en su creencia de que el mundo existe independientemente del hombre y que funciona según sus propias leyes. Sobre esta base, la tarea de la ciencia y la filosofía no consiste en inventar un sistema que se imponga por la fuerza sobre el mundo, sino en investigar el mundo tal y como es, por sí mismo, y deducir así las leyes que lo rigen.

En su *Lógica*, Hegel conduce brillantemente este tratamiento sobre el propio pensamiento científico. Paso a paso, procede a trazar el pensamiento humano tal como se desarrolla por cuenta propia. Partiendo del concepto más simple y general posible, procede a poner al descubierto las leyes que rigen el pensamiento racional como tal.

En la apertura del libro nos invita a contemplar el sencillo concepto de "Ser puro". Aquí Hegel entiende "puro" en el sentido de que es completamente indeterminado e indiferenciado, sin límites, sin características especiales y sin nada en particular que lo defina - simplemente, *puro Ser*. Como señala Hegel, por mucho que nos esforcemos en pensarlo, no podemos decir nada de un ser así, ya que cualquier cosa que dijéramos lo limitaría y definiría, y por tanto dejaría de ser "puro".

De ahí que en esta forma pura no podamos hablar en realidad de ningún ser en particular. Por tanto, llegamos a la conclusión de que el Ser Puro no es diferente de la Nada. La idea de Ser Puro, en otras palabras, nos *lleva* inmediatamente a la idea de Nada.

Sin embargo, al reflexionar, descubrimos que ése no es nuestro destino final. Resulta que la idea de la "nada pura", en su vacío e indeterminación, no es diferente del Ser Puro.

Así pues, los dos conceptos se transforman el uno en el otro en cuanto intentamos fijarlos en nuestro pensamiento: "inmediatamente cada uno desaparece en su opuesto", escribe Hegel.⁵ Y es aquí, en esta unidad de Ser y Nada, donde nos encontramos con un nuevo concepto o categoría, a saber, el Devenir; un concepto superior, que lleva en sí al Ser y a la Nada.

En este sencillo ejemplo, o experimento mental, Hegel ha esbozado el germen de toda la dialéctica partiendo del principio fundamental de que todo está en un estado de cambio ininterrumpido, de nacer y desaparecer.

"¡Ingenioso e inteligente!" Lenin comenta: "Hegel analiza conceptos que por lo general parecen muertos y muestra que en ellos *hay* movimiento. ¿Lo finito? ¡Eso significa moverse hacia su fin! ¿Algo? - significa *no lo que es* otro. ¿El ser en general?... significa una indeterminación tal que ser= no ser".⁶

EL CAMINO DEL CAMBIO

"Movimiento y *auto movimiento*" (iesto NB! un movimiento arbitrario (independiente), espontáneo, *interiormente necesario*), "cambio", "movimiento y vitalidad", "principio de todo automovimiento", "impulso" (Trieb) "al movimiento" y a la "actividad" -lo opuesto al "*ser muerto*" ¿¿quién creería que esto es la médula del "hegelianismo", del hegelianismo abstracto y abstruso (¿pesado, absurdo?)?? Esta médula había que descubrirla, comprenderla, hinüberretten 83, desentrañarla, depurarla, que es precisamente lo que hicieron Marx y Engels."⁷

Para el empírico pequeñoburgués, las cosas siguen igual o, en el mejor de los casos, se mueven de forma circular. Como hoy es como ayer, mañana volverá a ser igual. El estado de cosas existente le parece todopoderoso y, por tanto, no ve más remedio que quejarse incesantemente del mismo, al tiempo que rechaza cualquier intento de romper con él.

Siempre encontrará formas de demostrar que el capitalismo está aquí para quedarse, que la clase obrera nunca se moverá, o que el partido revolucionario no puede o no debe construirse, etcétera, etcétera. En la medida en que acepta el cambio, lo atribuye a fuerzas externas. En última instancia, capitula ante el *statu quo*, porque no puede imaginar que este cambio. En realidad, sin embargo, esa evolución es inevitable.

"En ningún lugar, ni en el cielo ni en la tierra", escribe Hegel, "hay algo que no contenga en sí ambos, el ser y la



“

Uno de los grandes logros de Marx y Engels fue rescatar la dialéctica de las cadenas del idealismo muerto de Hegel y ‘ponerla de pie’.

”

nada”⁸. Aunque Hegel no nos proporciona ejemplos del cielo, la tierra está saturada de ellos.

El cambio es el modo fundamental de existencia de toda materia. Todas las cosas que nacen llevan en sí mismas el germen de su destrucción. Esta lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre el *ser* y la *nada*, es la esencia del desarrollo, y el capitalismo no es una excepción.

Las fuerzas que conducen a la caída del sistema proceden enteramente de sus propias entrañas, es decir, del proletariado moderno. La principal característica del proletariado es que es una clase que *no posee ninguna propiedad* y que se ve obligada a vender su fuerza de trabajo al capitalista para sobrevivir. Sus intereses se oponen directamente a los pilares esenciales del capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción y el Estado nacional. Cada paso adelante en el desarrollo del capitalismo forja a los trabajadores como una clase formidable en oposición a la burguesía, preparando así la caída de esta misma clase dominante.

Pero no se trata de un proceso lineal y gradual. Para los capitalistas, las revoluciones son obra de líderes astutos y carismáticos que aparecen de repente en escena, igual que la huelga se achaca al “agitador”. En realidad, toda revolución es el resultado de largos periodos de crecientes contradicciones sociales, donde los intereses de la clase dominante chocan con los intereses del proletariado.

Sin embargo, durante años puede parecer que el régimen no se ve afectado. Los trabajadores agacharán la cabeza y aceptarán los dictados de la patronal. Tarde o temprano, sin embargo, se alcanzará un punto de inflexión en el que un acontecimiento

accidental desatará toda la rabia contenida: las presas reventarán y las masas inundarán el escenario de la política.

La aparente estabilidad da paso a la más intensa agitación. Mientras tanto, las fuerzas revolucionarias, que hasta ayer estaban relegadas a la periferia del movimiento obrero, se encuentran de repente en el centro de la escena. Todo esto ocurre de la manera más abrupta y violenta, aparentemente sin previo aviso.

Los reformistas que ayer descartaron a la clase obrera debido a su supuesto “bajo nivel de conciencia” y a su débil organización están estupefactos ante unos acontecimientos que no esperaban y que no pueden controlar. Esto no hace más que revelar su superficialidad.

“Dicen que en la naturaleza no hay saltos;”, escribe Hegel, en un pasaje fuertemente subrayado por Lenin, “y una imaginación común, cuando tiene que comprender un nacer o un perecer, cree que lo ha comprendido. (...) como una aparición o desaparición gradual.”⁹

En realidad, ocurre lo contrario. El desarrollo nunca es meramente lineal o gradual. Se compone, por un lado, de periodos con pequeños cambios cuantitativos y graduales, que a su vez dan paso a bruscos saltos cualitativos; y, por otro, de cambios cualitativos, que dan paso a estallidos cuantitativos. Hegel continúa:

“Al enfriarse, el agua no se endurece poco a poco, adquiriendo gradualmente la consistencia del hielo, tras haber pasado por la consistencia de gelatina, sino que es dura de repente; cuando ya ha alcanzado el punto de congelación, puede (si permanece en reposo) ser completamente líquida y una pequeña sacudida la lleva al estado de dureza.”¹⁰

La transición de la cantidad a la calidad y viceversa -o, dicho de otro modo, los saltos- es un rasgo fundamental de todo desarrollo. Sin embargo, para comprender las fuerzas que impulsan estos cambios y qué dirección tomará el desarrollo, tenemos que ir más allá del punto de vista del “sentido común”. Lo que hace falta es observar más de cerca las fuerzas y corrientes subyacentes que no son inmediatamente visibles a simple vista.

BAJO LA SUPERFICIE

A primera vista, en nuestra vida cotidiana, pensamos que las cosas son simples y fijas. Estamos seguros de que un hombre es un hombre, un perro es un perro, esto es esto, aquello es aquello, y así sucesivamente. Y, sin embargo, en cuanto enfocamos la vista, esta certeza desaparece. Porque en nuestra búsqueda del perro arquetípico, debemos reconocer que tal cosa no existe; todos los perros son diferentes.

Incluso si tomamos a nuestro singular amigo canino, Chucho, nos daremos cuenta de que el Chucho de hoy no es del todo como el de ayer. Es muy diferente del cachorro con el que nos hicimos amigos hace años y en un momento diferirá del Chucho de ahora. En cuanto intentamos retenerlos en nuestra mente, todos los conceptos fijos y rígidos se nos escapan de las manos y se disuelven en un mundo infinitamente variado.

Los posmodernos se detienen en este punto y declaran que la “diferencia” es la esencia del mundo. Todo es diferente de todo lo demás, proclaman, y por tanto nuestros conceptos y categorías generales no son más que “construcciones” imaginarias.

Pero hablan demasiado pronto. Porque una vez que dirijamos nuestra mirada a ese mundo de diferencias ilimitadas, lo que nos llamará inmediatamente la atención es que, a pesar del estado constantemente cambiante de todo, con sorprendente claridad a todos los niveles, se repiten patrones y leyes similares, que gobiernan con mano de hierro.

A primera vista, no hay dos perros iguales. Sin embargo, algunos atributos esenciales aparecen en todos los perros, lo que los convierte en perros. Y aunque cada célula, molécula y átomo del cuerpo de Chucho está en constante movimiento y transformación, sigue habiendo algo innato que trasciende cada instancia fugaz y accidental de nuestro amigo canino. La identidad de las cosas no existe al margen de su diferencia, sino a través de ella.

En la antigua filosofía platónica, la esencia de las cosas eran arquetipos ideales, que se situaban por encima o en oposición al mundo vibrante y multifacético

que experimentamos. Para los posmodernos, la esencia de las cosas son meras construcciones mentales arbitrarias de la humanidad que proyectamos sobre la realidad externa.

Sobre esta cuestión, Lenin escribe:

“Los filósofos de menos talla discuten si debe tornarse como base la esencia o lo inmediatamente dado (Kant, Hume, todos los machistas). Hegel pone y en lugar de *o*, explicando el contenido concreto de este ‘y’.”¹¹

Como la ciencia moderna ha demostrado una y otra vez, la esencia de las cosas -lo que las hace ser lo que son- no es más que las relaciones inherentes a las cosas mismas. Es la dinámica interna de la materia, que surge y se expresa en las infinitas formas y configuraciones que adopta la naturaleza a nuestro alrededor.

Charles Darwin, en su teoría de la evolución biológica, explicó cómo todos los organismos se desarrollan mediante la selección natural de mutaciones que aumentan su capacidad de sobrevivir y reproducirse. “Se han desarrollado y se están desarrollando”, escribe, “a partir de un principio tan sencillo, infinidad de formas las más bellas y portentosas”.¹²

La ley de la evolución no es ajena a los organismos vivos, es su modo de desarrollo. Lo que diferencia a la humanidad de los demás animales es precisamente nuestra capacidad para abstraer esos aspectos de las cosas, aspectos que no son inmediatamente visibles a simple vista, para contemplarlos y alcanzar así una comprensión más profunda del fenómeno en su conjunto. Nuestras ideas y concepciones generales, en otras palabras, son aproximaciones a las leyes y relaciones reales que rigen el mundo.

Cuanto más profundamente seamos capaces de descender en el interior de las cosas, cuantas más relaciones seamos capaces de descubrir, con mayor precisión podrán reflejar nuestras ideas la esencia de las cosas mismas. Como escribe Lenin:

“La naturaleza es, a la vez, concreta y abstracta, a la vez, fenómeno y esencia, a la vez, momento y relación. Los conceptos humanos son subjetivos en su abstracción, en su separación, pero objetivos en su conjunto, en el proceso, en el total, en la tendencia, en la fuente.”¹³

CONTRADICCIÓN

El pensamiento ordinario se aferra a un aspecto inmediato de un fenómeno y lo contrapone al resto. Este método es válido para las tareas cotidianas. Pero si miramos más de cerca, veremos que la naturaleza no es unilateral y simple, sino polifacética y contradictoria.

Las abstracciones unilaterales están muertas, explica Hegel en un pasaje destacado por Lenin, “la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad; y sólo en

la medida que algo contiene contradicción se mueve y tiene impulso y actividad”¹⁴

“Algo se mueve”, nos dice Hegel, “no porque esté en este ‘ahora’ y más tarde en otro ‘ahora’, sino porque en uno y el mismo ‘ahora’ está aquí y no aquí, está y no está, a la vez, en este ‘aquí’.”¹⁵ Ese es el curso de todo movimiento y desarrollo.

La dialéctica no excluye la visión unilateral del mundo del pensamiento cotidiano, sino que la absorbe como un aspecto de una verdad superior. Abarca todos los aspectos de un fenómeno -sus relaciones internas y externas- y los mantiene unidos en su contradicción como un todo complejo.

Una vez que reconocemos esto, se abre ante nosotros un mundo completamente nuevo. Un mundo interconectado en el que las partes existen en una relación recíproca con el todo; en el que el ser fluye hacia la nada y viceversa; en el que la cantidad fluye hacia la calidad y viceversa; en el que la identidad y la diferencia se interpenetran mutuamente; en el que la forma y el contenido están enzarzados en una lucha constante; en el que los principios simples están en la base de los procesos más complejos, etcétera, etcétera.

“La condición para el conocimiento de todos los procesos del mundo en su “autonomovimiento”, en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es el conocimiento de los mismos como unidad de los contrarios.”, escribe Lenin, añadiendo: “El desarrollo es la “lucha” de los contrarios”.¹⁶

LEGALIDAD

Cuanto más profundamente seamos capaces de penetrar en un fenómeno y mejor podamos trazar sus relaciones contradictorias internas, menos azaroso o arbitrario aparecerá a nuestros ojos. En lugar de ello, lo que irá tomando forma es su necesaria -o en otras palabras, su legítima- vía de desarrollo.

Aquí tenemos una forma de ver el mundo totalmente distinta de las categorías muertas de la filosofía burguesa. La visión dialéctica refleja no sólo las propiedades externas de un fenómeno o sus etapas transitorias, sino la totalidad de su desarrollo en sus etapas sucesivas, desde que nace hasta su inevitable desaparición. Este método constituye el núcleo del marxismo. Lenin escribió:

“En *El Capital* Marx analiza primero la relación más simple, más ordinaria y fundamental, más común y cotidiana de la sociedad burguesa (mercantil), una relación que se encuentra miles de millones de veces, a saber, el cambio de mercancías.

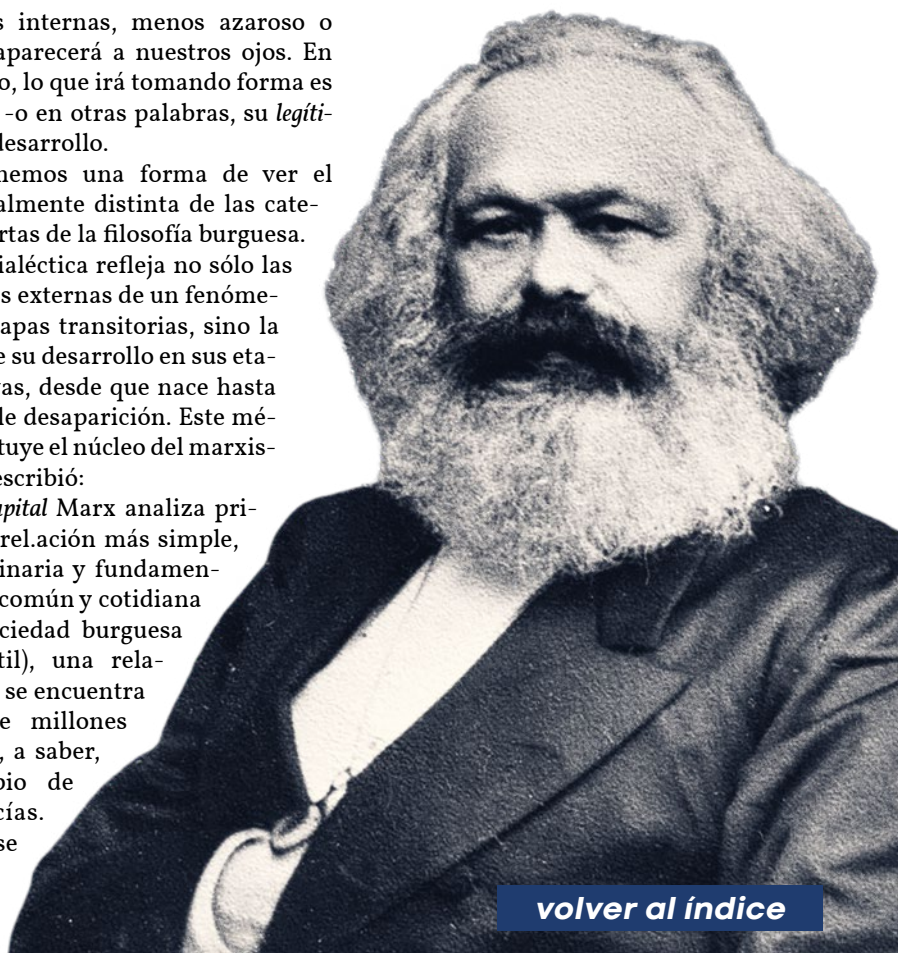
En ese

fenómeno simple (en esta “célula” de la sociedad burguesa) el análisis revela todas las contradicciones (respectively los gérmenes de todas las contradicciones) de la sociedad moderna. La exposición nos muestra el desarrollo (a la vez crecimiento y movimiento) de esas contradicciones y de esa sociedad en la suma de sus partes individuales, de su comienzo a su fin. (...) Igual debe ser también el método de exposición (respectivo estudio) de la dialéctica en general (porque, para Marx, la dialéctica de la sociedad burguesa es sólo un caso particular de la dialéctica).¹⁷

Mediante la aplicación del método dialéctico, Marx desveló las leyes del capitalismo. Y sobre esta base pudo predecir con exactitud, a grandes rasgos, todo el desarrollo de la sociedad capitalista después de su muerte; un desarrollo que conduce necesariamente a la llegada al poder del proletariado y a la abolición de la propiedad privada y del Estado-nación.

El programa de los comunistas se formula sobre la base de esta perspectiva, desarrollada inicialmente por Marx y Engels basada en el estudio de la historia humana - y que está demostrando su corrección a diario..

De ahí que Lenin escribiera: “No se puede entender hasta el fin *El Capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido toda la Lógica de Hegel ¡¡Por consiguiente, ninguno de los marxistas ha entendido a Marx pasado medio siglo!!”.¹⁸



LEER A HEGEL DEL DERECHO

Hegel desarrolló brillantemente la exposición más completa de la dialéctica como ciencia del movimiento y el cambio. Hasta el día de hoy, sus ideas están muy por encima de las doctrinas filosóficas oficiales de la clase capitalista.

Pero en manos de Hegel, la dialéctica recibió una forma mística, idealista. Aquí no eran las leyes inherentes del desarrollo de la naturaleza, sino las leyes del desarrollo de lo que él llamaba el Espíritu Absoluto o la Idea Absoluta. La Idea “se convierte en la creadora de la Naturaleza”, escribe -a lo que Lenin se limita a responder con: “¡¡Ja, ja!!”

Para Hegel, las categorías lógicas, como Ser, Nada, Devenir, Cantidad, Cualidad, Esencia, Apariencia, etc. tienen una existencia independiente como partes componentes de esta *Idea* que todo lo abarca, que a su vez se ha expresado a través de la naturaleza. Una vez que se ha desplegado en la naturaleza, es en el pensamiento racional donde el Absoluto encuentra su forma más elevada, alcanzando su cima con la propia filosofía hegeliana.

Hegel insistió en la primacía última del pensamiento abstracto sobre la actividad humana. En la medida en que incluyó la actividad como componente clave de su lógica, lo hizo ante todo como categoría *lógica*. A lo largo de toda su lógica insiste en que el lector debe dejar atrás el mundo exterior y permanecer en el reino del “pensamiento puro”.

Y, sin embargo, se vio obligado, una y otra vez, a virar hacia el materialismo, por su propia lógica y para demostrar sus argumentos. Como señaló Lenin: “en esta obra de Hegel, la *más idealista* de todas, hay *menos* idealismo y *más* materialismo que en ninguna otra. ¡Es “contradictorio”, pero es un hecho!”¹⁹

Hegel pertenecía al campo del idealismo filosófico, que sostiene que la mente es el componente primario de la realidad y que el mundo externo, de una forma u otra, es una derivación o reflejo de la mente. Todas las religiones pertenecen al campo del idealismo filosófico y Hegel no ocultó que estaba formulando un sistema religioso.

Los marxistas somos materialistas filosóficos. A diferencia de los idealistas, creemos que sólo existe un mundo, el mundo material que podemos sentir y con el que podemos interactuar. La mente humana es un producto de este mundo material y nuestras ideas no son más que reflejos de él.

“En general procuro leer a Hegel de modo materialista”, escribió Lenin, “Hegel es el materialismo invertido (según expresión de Engels), es decir, desecho las más de las veces a Dios, el absoluto, la idea pura, etc.”²⁰

Lenin puede hacerlo porque el concepto de la Idea Absoluta no desempeña ningún papel fundamental en los aspectos esenciales de las ideas de Hegel. De hecho, como señaló Friedrich Engels, Hegel no dice “absolutamente nada” sobre la Idea Absoluta.

Los marxistas no creen que la dialéctica tenga una existencia separada de la naturaleza. Las leyes de la dialéctica no son las leyes de las ideas, sino que reflejan las leyes inherente a la propia naturaleza en el nivel más general. Mediante nuestra interacción con el mundo, los humanos somos capaces de descubrir estas leyes a niveles cada vez más profundos. Esa es la base de la filosofía marxista: el materialismo dialéctico.

“La lógica no es la ciencia de las formas exteriores del pensamiento”, escribió Lenin, “sino de las leyes del desarrollo “de todas las cosas materiales, naturales y espirituales”, es decir, del desarrollo de todo el contenido concreto del mundo y de su cognición, o sea, el resultado, la suma total, la conclusión de la historia del conocimiento del mundo.”²¹

Fue uno de los grandes logros de Marx y Engels rescatar la dialéctica de las cadenas del idealismo muerto de Hegel y “darle la vuelta”. Y mientras la dialéctica de la naturaleza es confirmada diariamente por los avances de la ciencia y la cultura, el idealismo de Hegel -es decir, su Espíritu Absoluto- permanece meramente como un exoesqueleto sin vida, que tuvo que ser desechado en la muda para que el verdadero organismo vivo subyacente continuara desarrollándose.

TEORÍA Y PRÁCTICA

¿De dónde vienen las ideas? Estos fantasmas encantadores que vagan por nuestros mundos interiores; sus orígenes específicos han sido olvidados hace mucho tiempo, y por ello, durante miles de años los hombres les han imbuido cualidades místicas. En el idealismo, las ideas se enfrentan a la humanidad como fuerzas poderosas que están por encima de la naturaleza y la sociedad.

Pero las ideas no tienen una existencia independiente. Tampoco son, como imaginan los subjetivistas, barreras impenetrables entre los seres humanos y el mundo exterior. La mente es una función

reguladora de nuestra especie, que mediante el trabajo tiende un puente entre nosotros y la naturaleza que nos rodea.

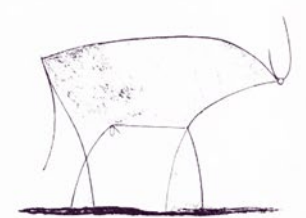
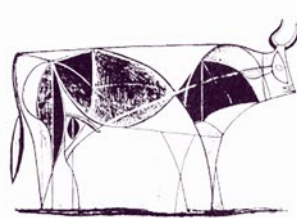
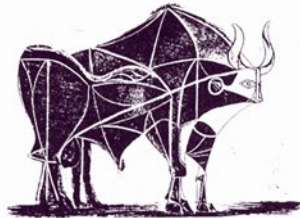
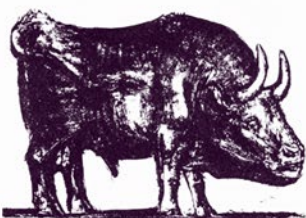
“La producción de las ideas, las representaciones y la conciencia aparece, al principio, directamente entrelazada con la actividad material y el trato material de los hombres, como el lenguaje de la vida real”, explica Marx.²² De nuestra interacción constante con el mundo que nos rodea, lo que Marx llama “el metabolismo entre el hombre y la naturaleza”, surgen concepciones que nos permiten comprender nuestro entorno y adaptarlo a nuestras necesidades. Al hacerlo, también nos cambiamos a nosotros mismos. Nuestras ideas, como las categorías de la lógica, no son fenómenos sobrenaturales; simplemente reflejan la propia naturaleza y sus orígenes se encuentran en *la actividad social humana*.

“Para Hegel”, señala Lenin, “la acción, la práctica, es un “silogismo” lógico, una figura de la lógica. ¡Y eso es verdad! No, por supuesto, en el sentido de que la figura de la lógica tenga su otro ser en la práctica del hombre (= idealismo absoluto), sino a la inversa: la práctica del hombre, que se repite miles de millones de veces, se consolida en la conciencia del hombre por medio de figuras de la lógica. Precisamente (y sólo) debido a esta repetición de miles de millones de veces, estas figuras tienen la estabilidad de un prejuicio, un carácter axiomático.”²³

El carácter dialéctico del pensamiento que Hegel trazó en su *Lógica*, en otras palabras, no es más que un reflejo de la naturaleza con la que interactúan los hombres. Lenin parafraseando a Hegel escribe: “La naturaleza, esa totalidad inmediata, se despliega en la idea lógica”. Y continúa diciendo:

“La lógica es la ciencia del conocimiento. Es la teoría del conocimiento. El conocimiento es el reflejo de la naturaleza por el hombre. Pero no es un reflejo simple, inmediato, completo, sino el proceso de una serie de abstracciones, la formación y el desarrollo de conceptos, leyes, etc., y estos conceptos, leyes, etc. (pensamiento, ciencia = “la idea lógica”) abarcan condicionalmente, aproximadamente, la regularidad universal de la naturaleza en eterno desarrollo y movimiento.”²⁴

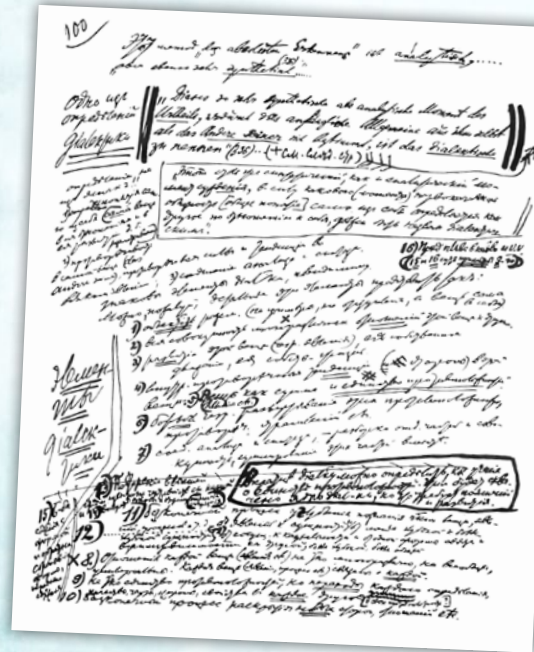
A lo largo de miles de años de ensayo y error hemos desarrollado ideas y concepciones generales que profundizan cada vez más en distintos aspectos de la naturaleza, ideas que se han convertido en la



RESUMEN DE LA DIALÉCTICA

Una página de las anotaciones de Lenin sobre *La Ciencia de la Lógica* de Hegel

V I Lenin, *Obras Completas*, Tomo 29, Cuadernos Filosóficos, Progreso, 1986, págs. 199-201



1. La determinación del concepto de sí mismo | la cosa misma debe ser considerada en sus relaciones y en su desarrollo
2. La naturaleza contradictoria de la cosa misma (das Andere seiner)*, las fuerzas y tendencias contradictorias en cada fenómeno
3. La unión del análisis y la síntesis.
4. Tales, aparentemente, son los elementos de la dialéctica.
5. Quizá se podrían presentar estos elementos con más detalle, como sigue:
 1. La objetividad la consideración (no ejemplos, no divergencias, sino las cosas en sí)
 2. La totalidad íntegra de las múltiples relaciones de esa cosa con las otras
 3. El desarrollo de esa cosa (del fenómeno), su propio movimiento, su propia vida
 4. Las tendencias internas contradictorias en esa cosa.
 5. La cosa (fenómeno, etc.) como suma y unidad de los contrarios.
6. La lucha, respectivo el despliegue de esos contrarios, tendencias contradictorias, etc.
7. La unión del análisis y la síntesis – la ruptura de las partes separadas y la totalidad, la suma de dichas partes.
8. Las relaciones de cada cosa (fenómeno, etc.), no sólo son múltiples, sino generales, universales. Cada cosa (fenómeno, proceso, etc.) está vinculada con todas las demás.
9. No sólo la unidad de los contrarios, sino la transición de cada determinación, cualidad, rasgo, aspecto, propiedad, a cada uno de los otros | ¿a su contrario?
10. El infinito proceso del descubrimiento de nuevos aspectos, relaciones, etc.
11. El infinito proceso de profundización del conocimiento por el hombre de la cosa, de los fenómenos, los procesos, etc., del fenómeno a la esencia y de la esencia menos profunda a la más profunda.
12. De la coexistencia a la causalidad y de una forma de conexión y de interdependencia a otra forma más profunda, más general.

13. La repetición, en una etapa superior, de ciertos rasgos, propiedades, etc., de lo inferior y
14. El aparente retorno a lo antiguo -negación de la negación
15. La lucha del contenido con la forma, y a la inversa. El rechazo de la forma, la transformación del contenido.
16. La transición de la cantidad a la calidad y viceversa. ((15 y 16 son ejemplos de 9))

En resumen, la dialéctica puede ser definida como la doctrina de la unidad de los contrarios. Esto encarna la esencia de la dialéctica, pero requiere explicaciones y desarrollo. ■

esencia concentrada de la experiencia humana. La dialéctica es la culminación de este desarrollo.

Pero el conocimiento no es una corriente unidireccional, que imprime en nuestro cerebro los resultados de nuestras actividades. También existe un proceso simultáneo inverso: una vez deducidos distintos aspectos del mundo regido por la ley, el pensamiento abstracto nos permite contemplarlos para mejorar nuestra práctica más adelante.

Es aquí donde nuestras ideas se enfrentan al mundo objetivo que pretendemos cambiar. Y es a través de este proceso que ganan objetividad: “La unidad de la idea teórica (del conocimiento) y de la práctica -esto NB-, y esta unidad se halla precisamente en la teoría del

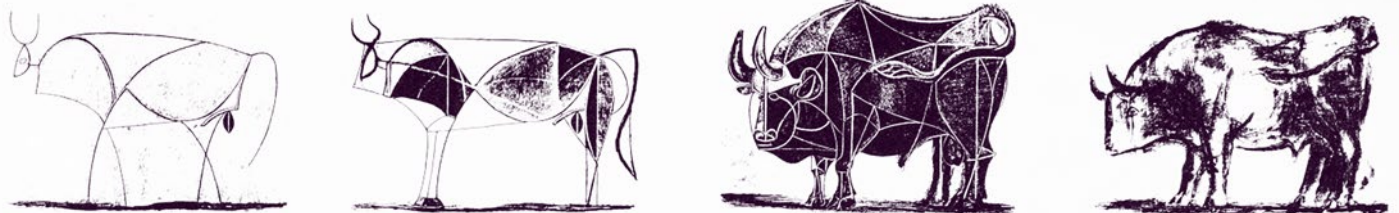
conocimiento, porque la suma es “la idea absoluta” (y la idea = “das objektive Wahre” [lo objetivamente cierto])”²⁵.

Para el filisteo, la teoría representa, en el mejor de los casos, una curiosidad. Pero es la interacción dialéctica de la teoría y la práctica, una que lleva a la otra, lo que caracteriza “el infinito proceso de profundización del conocimiento humano de la cosa, de los fenómenos, los procesos, etc., partiendo del fenómeno para llegar a la esencia y de la esencia menos profunda a otra más profunda.”²⁶

Se trata de un proceso que, al mismo tiempo, mejora y amplía el dominio del hombre sobre la naturaleza. Cuanto más profundo sea el conocimiento de las leyes que rigen nuestro mundo, más

eficazmente podremos alcanzar nuestros objetivos y aspiraciones. Y aquí vemos la importancia de la teoría para los comunistas. Como explicó Trotsky:

“Infinitamente más exigente, más severo y más equilibrado es aquél para quien la teoría es una guía para la acción. Un escéptico de salón puede burlarse impunemente de la medicina. El cirujano no puede vivir en la atmósfera de las incertidumbres científicas. Cuanta más necesidad tiene el revolucionario del apoyo de la teoría para la acción, más intransigente es en salvaguardarla. Vladimir Uliánov despreciaba el diletantismo y aborrecía a los curanderos. En el marxismo, él apreciaba, por encima de todo, la autoridad disciplinada del método.”²⁷



LA VICTORIA DE LA PREVISIÓN SOBRE EL ASOMBRO

Trotsky definió una vez la teoría marxista como la superioridad de la “previsión sobre el asombro”. Y fue precisamente esta previsión y profunda comprensión lo que permitió a Lenin y a los bolcheviques prevalecer frente a la extrema adversidad procedente de todas partes.

Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, los bolcheviques podían describirse -en términos de poder, influencia y recursos- como una de las tendencias políticas más débiles de Europa. Bajo el impacto de la ola de patriotismo azuzada por las autoridades zaristas y el consiguiente sentimiento de unidad nacional, el partido perdió la mayoría de sus apoyos entre la clase obrera rusa. La oleada revolucionaria que se estaba gestando en Rusia antes de la guerra se vio inmediatamente truncada y el zarismo se vio temporalmente reforzado.

Los elementos revolucionarios fueron relegados una vez más a la periferia. Para empeorar las cosas, muchos de los mejores trabajadores fueron enviados al frente como castigo por sus actividades en las fábricas y en otros lugares. Los principales dirigentes bolcheviques, en su mayoría, estaban exiliados en Europa, donde las líneas de comunicación habían sido cortadas o gravemente interrumpidas por la guerra.

La reacción levantaba cabeza y ganaba terreno en toda Europa y la clase obrera estaba en retirada. Armados con armas de fuego, tanques y bombas, los burgueses de Europa estaban masacrando el continente, y cualquiera que se interpusiera en su camino podía ser fácilmente apartado o, si era necesario, enviado al frente y eliminado. Mientras tanto, los líderes socialdemócratas europeos, que se habían alineado detrás de sus propias clases dominantes, parecían sentarse cómodamente en el regazo de sus amos burgueses.

Para los bolcheviques, con unas finanzas débiles, poco o ningún aparato y unas organizaciones del partido en total desorden debido a la guerra, la idea de tomar el poder podría haber parecido más lejana que nunca. Y, sin embargo, sólo poco más de tres años después del inicio de la guerra, todo esto se había vuelto en su contrario y el Partido Bolchevique conducía a los obreros y campesinos de Rusia al poder en la Revolución de Octubre de 1917. ¡No podría imaginarse una mayor demostración de la dialéctica!

Aquí vemos el poder de las ideas *en la práctica*. El éxito de los bolcheviques puede reducirse al éxito del método marxista, al método del materialismo dialéctico.

Lenin y los bolcheviques insistieron en una posición de clase y se negaron a hacer la menor concesión a los giros nacional chovinistas que la guerra produjo en toda Europa. Y aunque la guerra fortaleció inicialmente a la clase dominante, más tarde se convirtió en la mayor fuerza motriz de la revolución al sacar a la luz las contradicciones de clase de la sociedad.

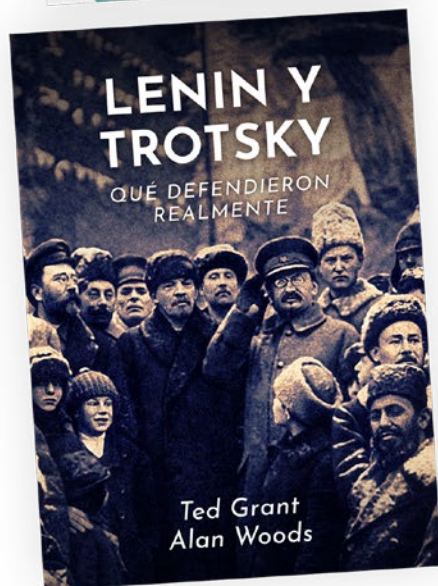
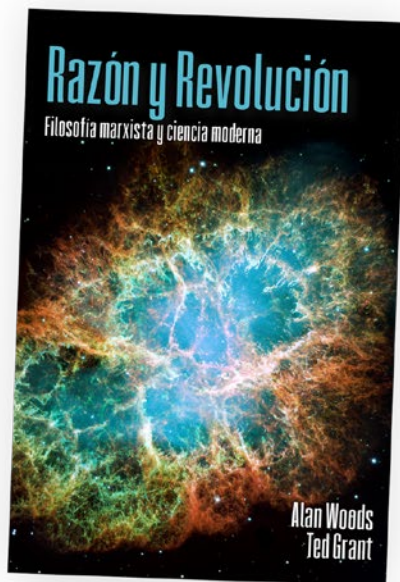
Así, el mensaje revolucionario de los bolcheviques, que no tuvo ningún eco popular en los primeros días de la guerra, se convirtió en el grito de guerra de las masas rusas y sembró el terror entre las clases dominantes del mundo.

El oportunismo es el abandono de las perspectivas a largo plazo en favor de objetivos inmediatos a corto plazo. La dialéctica es la ciencia de ir más allá de lo inmediato y comprender los procesos complejos y prolongados en su totalidad. Fue la dedicación a la teoría y el dominio de la dialéctica lo que dio a Lenin una gran ventaja sobre sus enemigos.

En política, el encaprichamiento por la apariencia inmediata de las cosas conduce a eslóganes frívolos y a un “encaprichamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica”. Lenin y los bolcheviques, sin embargo, trascendieron las apariencias y abordaron la esencia de las cosas, independientemente del impacto inmediato que tuviera en el partido, porque sabían que al final sólo la verdad les acercaría a la victoria de la clase obrera. Esta fue la clave de su éxito.

León Trotsky resumió el meollo de la cuestión:

“Pertenece a la experiencia histórica que la mayor revolución de toda la historia no fue dirigida por el partido que comenzó con bombas, sino por el partido que empezó con el materialismo dialéctico.”²⁸ ■



CENTRO
DE ESTUDIOS
SOCIALISTAS
CARLOS MARX



Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc34
o escanea el código QR



LENIN CONTRA EL 'OBLÓMOVISMO': LA LUCHA POR LA ACCIÓN REVOLUCIONARIA

La célebre novela de 1859 de Ivan Goncharov, *Oblómov*, fue popular en Rusia como retrato de la aristocracia moribunda. A Lenin le gustaba este libro y lo citaba con frecuencia. En este artículo, **Ben Gliniecki** explora el fenómeno del 'oblomovismo' y cómo Lenin lo utilizó como arma cultural para expulsar al conservadurismo ocioso del movimiento revolucionario en Rusia.

“**E**stoy tan harto de esta dilación”, tronó Vladimir Lenin en una carta a Bogdanov en febrero de 1905. “Ojalá hicieran algo... en vez de limitarse a hablar sobre ello”.¹

La furia de Lenin iba dirigida contra la inercia de miras estrechas del Partido Bolchevique ante los acontecimientos revolucionarios de 1905.

De hecho, desde 1902, con la publicación de su folleto “¿Qué hacer?”, Lenin había estado librando una guerra contra el conservadurismo, la indecisión, las vacilaciones y los titubeos abstractos de los revolucionarios rusos. Exigía una acción consciente y decisiva para impulsar el movimiento revolucionario.

Con ello, Lenin luchaba contra los rasgos de “un personaje típico de la vida rusa”, que en su opinión infectaban a todas las clases de la sociedad rusa: Ilya Ilich Oblómov.²

RETRATO DE UNA CLASE SOCIALMENTE INÚTIL

La novela *Oblómov*, de Ivan Goncharov, de 1859, es un divertido retrato de alguien socialmente inútil, desaliñado, un miembro menor de la alta burguesía terrateniente de la Rusia zarista. El libro fue muy leído en Rusia, incluso por Lenin, que nació 11 años después de su publicación.

Tal fue su éxito que el “oblomovismo” se convirtió en un término común para describir a la ociosidad improductiva, algo que Lenin estaba decidido a purgar del movimiento revolucionario.

La fuente del oblomovismo es la clase terrateniente históricamente exhausta y parasitaria de Rusia. La podredumbre que se apoderó de esta clase social en decadencia se filtró por el resto de la sociedad rusa, tal y como la veía Lenin.

En la novela, Oblómov es un terrateniente menor que no ha trabajado un solo día en su vida. Uno de los primeros capítulos es un recuerdo sobre su juventud en la finca propiedad de la familia de Oblómov, caracterizada por una inercia despreocupada.



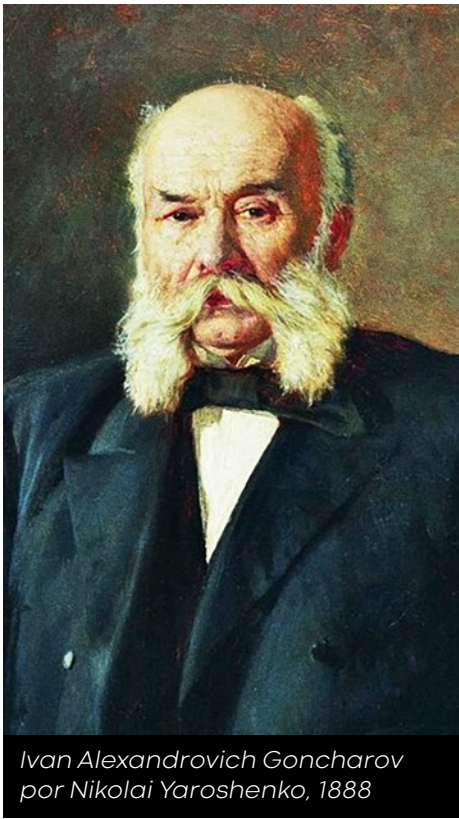
Ilustración de Oblómov para una edición de la novela de 1885

El tono lo marca el padre de Oblómov, que “tampoco... estaba con los brazos cruzados. Permanecía toda la mañana sentado ante una ventana, observando y vigilando lo que se hacía en el patio”³ En cuanto a la madre de Oblómov: “se pasaba tres horas explicando a Averka, el sastre, cómo debía de arreglárselas para transformar una levita de su esposo en una chaqueta... vigilando para que el hombre no se quedara con el más pequeño retal de la tela.”⁴ Esta es la idea que tienen los pequeños terratenientes sobre el trabajo: vigilar que otras personas trabajen para ellos.

De niño, el propio Oblómov es sacado con frecuencia de la escuela por razones espurias, o simplemente para que su madre lo mime. La escuela, como el trabajo, era una desafortunada interrupción en su vida. La familia Oblómov “concebían la vida como un estado de perfecto reposo, turbado de vez en vez por una enfermedad, una pérdida de dinero, una disputa y también por el trabajo.”⁵

Oblómov siente nostalgia de esta quietud letárgica de su juventud. Quiere que la vida cambie y se altere lo menos posible. “Todo lo que se hacía en tiempos del padre de Oblómov, se había hecho en tiempos de su abuelo y bisabuelo, y tal vez, se sigue haciendo. En semejante ambiente, ¿cómo era posible que se despertase el interés por el estudio? ¿Qué metas, qué horizontes podían imaginarse? No era necesario emprender nada nuevo, la vida seguía fluyendo como un río de apacible curso, y todo lo que debían hacer ellos era sentarse en espera de los acontecimientos inexorables de la vida, que venían por sí mismos, sin necesidad de que nadie los llamara.”⁶

No disfrutó su educación de primera clase. “La lectura de la historia le desconazonaba y producía una verdadera desazón.”⁷ Sus estudios tenían como único objetivo conseguir un puesto en la administración pública de San Petersburgo. Pero al cabo de poco tiempo Oblómov se dio cuenta de que su trabajo era demasiado exigente: todo aquello “le horrorizaba



Ivan Alexandrovich Goncharov
por Nikolai Yaroshenko, 1888

y le aburría terriblemente”, por lo que renunció a vivir en Petersburgo de las rentas de su hacienda, a muchos miles de kilómetros de distancia.⁸

Desgraciadamente, su finca necesita una reforma. Años de abandono han provocado la disminución de los ingresos y el desmoronamiento de las infraestructuras. Se necesita una escuela y una carretera. La propia casa de Oblómov está en mal estado.

Su aversión al cambio, a las reformas y a cualquier tipo de trabajo hace que Oblómov sea totalmente incapaz de resolver los problemas a los que se enfrenta su hacienda. El progreso y la modernización le son ajenos. El mundo que hizo de Oblómov el hombre que es, se enfrenta ahora a la extinción debido a las insuficiencias y defectos que produjo en él.

A la lenta decadencia del mundo de Oblómov se contraponen la de su amigo Stolz, de educación estricta y disciplinada, trabajador y previsor. Stolz es presentado como el futuro de ojos brillantes, basado en el comercio internacional y el trabajo productivo, que intenta desesperadamente sacar a su amigo Oblómov de su inactividad, para salvarlo de sí mismo.

Para ello, Stolz le presenta a Oblómov a su amiga Olga, que ve en Oblómov a alguien a quien puede rescatar de las negras profundidades de su pasividad. A pesar de sus esfuerzos, al final llega a la conclusión de que es imposible. “Una piedra habría cobrado vida con lo que he hecho”, le dice enfadada a Oblómov. “Creía que lograría resucitarte. Pero veo que estás muerto desde hace mucho tiempo.”¹⁰

Oblómov estaba condenado a las contradicciones de su propia educación y

posición social. La fuerza de voluntad de Olga, sus ruegos y súplicas, no suponen al final ninguna diferencia en ese proceso histórico.

Lo que Goncharov retrata en esta novela es la aristocracia moribunda de la sociedad rusa. No muere a causa de un catástrofe externa, sino víctima de la lógica de sus propios procesos internos. Los hombres que creó son los que, inevitablemente, supervisarán su ruina.

Goncharov ofrece una brillante visión de la decadencia del zarismo ruso. Y 60 años después de la publicación de su libro, esa carcasa putrefacta sería finalmente barrida del escenario de la historia, no por la burguesía rusa, que demostró ser demasiado débil para la tarea, sino por los obreros y campesinos rusos, dirigidos por Lenin y el Partido Bolchevique.

¿QUÉ HACER?

El oblomovismo de la clase aristocrática rusa infectó todos los poros de la sociedad rusa, según Lenin. Hace mucho tiempo, Marx y Engels explicaron que “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época”.¹¹ La clase dominante en estado de putrefacción estaba filtrando su veneno a los obreros y campesinos de Rusia.

Fue contra estos rasgos Oblómovistas del movimiento revolucionario que Lenin comenzó a librar una lucha implacable en los primeros años del siglo XX.

En 1903, el Partido Obrero Socialdemócrata ruso se dividió en dos facciones: bolcheviques y mencheviques. La causa inmediata de la escisión fueron cuestiones organizativas secundarias. Lo que subyacía realmente era que el partido estaba intentando pasar de una vida embrionaria, de pequeños círculos, a un trabajo de agitación más amplio, que requería estructura, disciplina, procesos establecidos y criterios claros de afiliación. Lenin y los bolcheviques adoptaron este cambio hacia la profesionalización, mientras que los mencheviques se aferraron a las viejas rutinas de los pequeños círculos y a los métodos conservadores.

“

Rusia ha pasado por tres revoluciones, pero los Oblómov siguen existiendo, porque no sólo los hubo entre los terratenientes, sino también entre los campesinos; y no sólo entre los campesinos, sino también entre los intelectuales; y no sólo entre los intelectuales, sino también entre los obreros y los comunistas.

”

– Lenin en 1922

“A los que están acostumbrados a la holgada bata y a las pantuflas del oblomovismo de la vida familiar de los círculos”, escribió Lenin en 1904, “unos estatutos formales les parecen algo estrecho, apretado, pesado, ruin, burocrático, avasallador, un estorbo para el libre “proceso” de la lucha ideológica. El anarquismo señorial no comprende que hacen falta unos estatutos formales precisamente para sustituir el estrecho nexo de los círculos con un amplio nexo de partido.”¹²

Aquí Lenin se refiere al Oblómov del primer tercio de la novela de Goncharov, durante el cual el protagonista holgazaneaba por su apartamento en bata. Ante las facturas que hay que pagar, la amenaza de desahucio de su piso y la ruina de su hacienda, Oblómov se limita a quejarse, procrastinar, soñar despierto y culpar a los demás de sus problemas. No emprende ninguna acción práctica, se limita a tener grandes pensamientos sin hacer nada al respecto.

No sólo los mencheviques se contagiaron de este oblomovismo. Durante los acontecimientos revolucionarios de 1905 en Rusia, muchos bolcheviques también se mostraron estrechos de miras, indecisos y distantes.

Al igual que Oblómov prefiere la seguridad de la inactividad al espíritu pionero de Stolz, los bolcheviques, en 1905, temían basarse en la lucha de clases que se ampliaba y crecía, prefiriendo sus pequeños comités y grupos de lectura. Lenin escribió furiosamente:

“El revolucionario profesional debe establecer en cada lugar decenas de nuevos contactos, confiarles en presencia suya toda la labor, enseñarles e impulsarlos, no con sermones, sino con el trabajo. Después, marchar a otro lugar y, al cabo de uno o dos meses, regresar para comprobar cómo actúan los jóvenes substitutos. Le aseguro que entre nosotros existe un temor idiota a la juventud, temor filisteo, digno de Oblómov. Se lo suplico: luche contra este temor con todas sus fuerzas.”¹³

La lucha de Lenin contra el oblomovismo continuó hasta 1917. Exigió una política clara en lugar de la confusa actitud de Stalin hacia el gobierno provisional tras la revolución de febrero y condenó enérgicamente la cobardía indecisa de Zinóviev y Kámenev, que se acobardaron en vísperas de la insurrección.

La cobardía como excusa para no tomar medidas decisivas es una especialidad de Oblómov:

«¡Ahora o nunca! ¡Ser o no ser!...» Oblómov se levantó bruscamente del asiento, pero al no encontrar en el acto las zapatillas con los pies, tornó a sentarse.»¹⁴

Sin una lucha decidida contra esta paralizante indecisión en el Partido Bolchevique, la Revolución de Octubre probablemente no se habría producido.

Pero ni siquiera la Revolución Rusa bastó para eliminar todo rastro de oblomovismo de la sociedad rusa, que seguía lastrada por el atraso económico y la lentitud de la vida rural.

“Rusia ha pasado por tres revoluciones”, dijo Lenin en 1922, “pero los Oblómov siguen existiendo, porque no sólo los hubo entre los terratenientes, sino también entre los campesinos; y no sólo entre los campesinos, sino también entre los intelectuales; y no sólo entre los intelectuales, sino también entre los obreros y los comunistas.”¹⁵

El Oblomovismo era un síntoma del atraso de la sociedad rusa, origen del ascenso de la burocracia en el aparato del Estado y, finalmente, en el propio partido bolchevique. Lenin reconoció que la única solución a este problema era romper el aislamiento de la revolución y extenderla a los países capitalistas avanzados como medio para desarrollar las fuerzas productivas lo más rápidamente posible. Mientras tanto, sin embargo, se vio obligado a librar una lucha de retaguardia para mantener a raya el azote del oblomovismo durante el mayor tiempo posible.

No fue una tarea fácil. Tras la revolución, el aparato estatal comenzó a crecer exponencialmente. En 1922 había 243.000 empleados públicos sólo en Moscú. No estaba claro qué hacían exactamente todos estos apparatchiks, aparte de cobrar su salario.

Según Lenin, en el Estado soviético había mucha ensoñación, ineficacia y dilación. E insistió en eliminarlos.

“Nuestro peor enemigo interno es el burócrata, el comunista instalado en un puesto responsable (o no responsable) de los Soviets que goza de estimación general por su honestidad”¹⁶, declaró Lenin.

“No ha aprendido a combatir el papeleo; no es capaz de combatirlo, lo protege. Debemos liberarnos de ese enemigo, y lo lograremos con la ayuda de todos los obreros y campesinos con conciencia de clase. Toda la masa de obreros y campesinos sin partido marchará como un solo hombre tras el destacamento de vanguardia del Partido Comunista contra ese enemigo, ese desorden y ese oblomovismo. No debe haber la menor vacilación en este asunto.”¹⁷

En esta lucha contra la burocracia, Lenin volvió al mismo tema con el que había comenzado su batalla contra el rutinismo conservador de los mencheviques 20 años antes. Lo que se necesitaba entre los empleados estatales comunistas, dijo, era un pensamiento flexible y dinámico que impulsara al Estado soviético hacia adelante con nuevas ideas, en lugar de permitir que se estancara.

“Puedo entender que los comunistas necesitan tiempo para aprender a comerciar”, dijo, “y sé que los que están aprendiendo cometerán los errores más burdos durante varios años; pero la historia les perdonará porque son completamente nuevos en el negocio. Para ello debemos flexibilizar nuestro pensamiento y desechear todo el oblomovismo comunista, o más bien ruso, y mucho más.”¹⁸

ACTUALIDAD

Por supuesto, el oblomovismo no es una enfermedad peculiarmente rusa, que es lo que hace de la novela de Goncharov un clásico en todos los idiomas.

Hoy en día encontramos oblomovistas en todos los ámbitos de la vida, incluido el movimiento revolucionario. Debemos ser tan implacables como Lenin a la hora de expulsar del partido revolucionario el rutinismo y la dilación conservadores, estrechos y propios de la mentalidad de pequeño círculos. La indecisión, la apatía y la inactividad son rasgos inadmisibles en los comunistas revolucionarios.

Deberíamos prestar atención a la sugerencia del propio Lenin:

“Me gustaría coger a algunos camaradas de nuestro partido –bastantes–, encerrarlos en una habitación y hacerles leer Oblómov una y otra vez hasta que se pongan de rodillas y digan: ‘No podemos soportarlo más’. Entonces habría que someterlos a un examen: “¿Has comprendido la esencia del oblomovismo? ¿Te has dado cuenta de que también está en ti? ¿Has resuelto por fin librarte de esta enfermedad?”¹⁹

Pero la exhortación de Lenin no es la única razón para leer Oblómov. La novela es extremadamente rica en humor, filosofía y emoción. Lenin caricaturiza a Oblómov para plantear una cuestión política, utilizando una referencia cultural que la mayoría de los rusos habrían entendido en aquella época. Pero este retrato unilateral del personaje apenas araña la superficie de todo lo que el libro tiene que ofrecer.

No lo dejes para más tarde. Sé decidido: ¡lee Oblómov hoy mismo! ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc34
o escanea el código QR



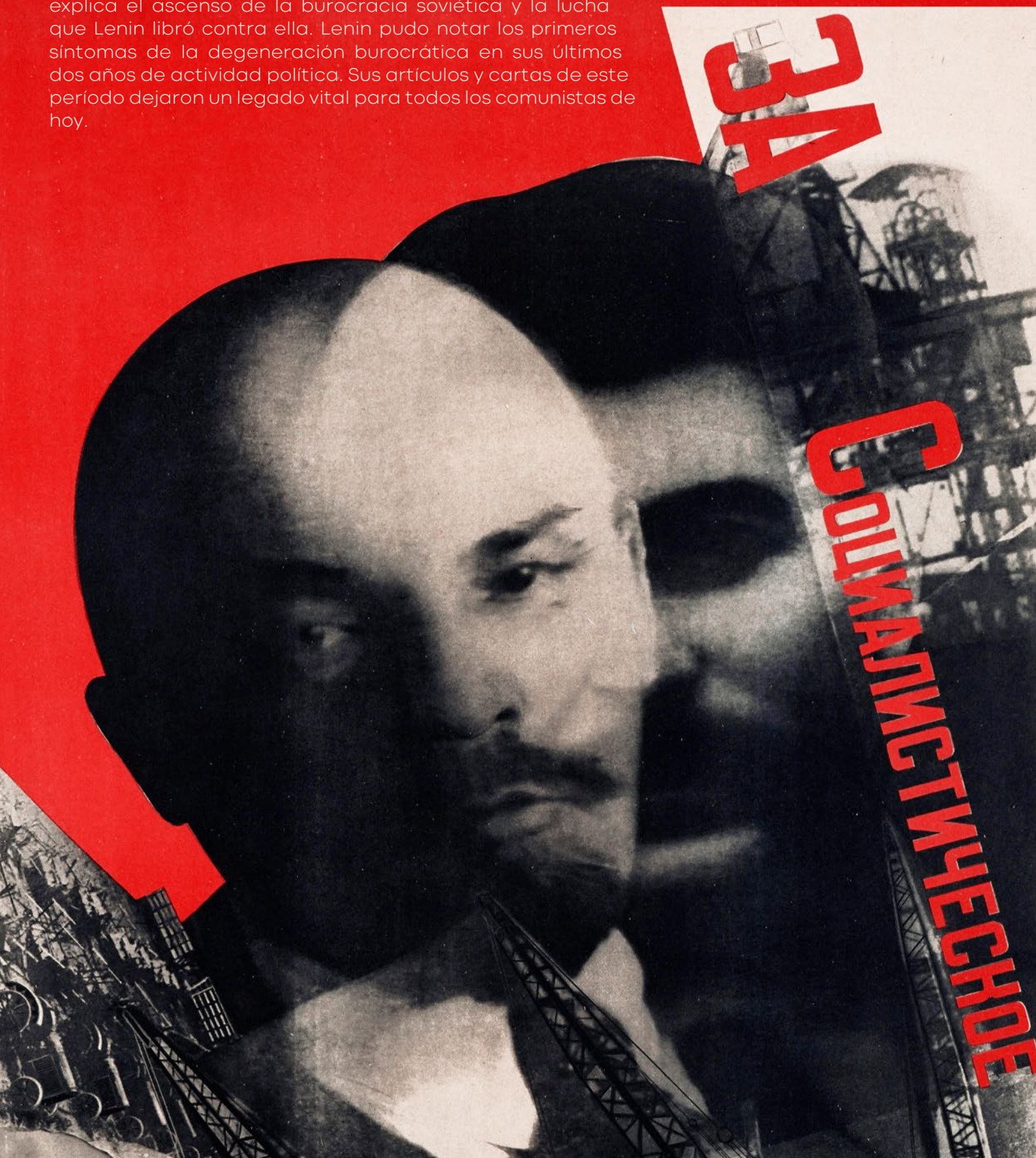
Vladimir Lenin en el Smolny
por Isaak Brodsky, 1930

LA ÚLTIMA LUCHA DE LENIN

En este artículo, el cual se escribió originalmente para el centenario del nacimiento de Lenin en 1970. **Alan Woods** explica el ascenso de la burocracia soviética y la lucha que Lenin libró contra ella. Lenin pudo notar los primeros síntomas de la degeneración burocrática en sus últimos dos años de actividad política. Sus artículos y cartas de este período dejaron un legado vital para todos los comunistas de hoy.

Э

СОЦИАЛИСТИЧЕСКОЕ



En el último periodo activo de su vida, Lenin estuvo principalmente preocupado por los problemas de la economía soviética bajo la Nueva Política Económica. En 1921, bajo la presión de los millones de pequeños propietarios campesinos, el Estado obrero se vió obligado a desviarse del camino hacia la planificación e industrialización socialista con el fin de obtener grano para los trabajadores hambrientos de las ciudades. La vieja práctica de la guerra civil de requisar el grano tuvo que ser abandonada para aplacar a los campesinos, cuyo apoyo era necesario para que el estado obrero no sucumbiera ante la reacción. Se restableció un mercado libre de cereales y se hicieron concesiones a los campesinos y pequeños comerciantes mientras que las principales palancas del poder económico (bancos e industrias pesadas nacionalizadas y el monopolio estatal del comercio exterior) permanecían en manos del Estado obrero.

Esta retirada, a la que los bolcheviques se vieron obligados, no tenía como objetivo crear una sociedad socialista y sin clases, sino salvar a millones de personas de morir de hambre, reconstruir una economía destrozada y proporcionar casas y escuelas primarias, es decir, para arrastrar a Rusia al siglo XX.

El triunfo del socialismo exige un desarrollo de las fuerzas productivas a un nivel inédito en cualquier sociedad que existiera anteriormente. Sólo cuando se eliminen las condiciones de miseria y pobreza general, podrá el pensamiento del hombre elevarse a horizontes más allá de la lucha cotidiana por la vida. Las condiciones para esta transformación ya existen en el mundo actual. Por primera vez en la historia de la humanidad, podemos decir con toda sinceridad que ya no es necesario que nadie se muera de hambre, ni que no tenga hogar, ni que sea analfabeto.

El potencial está ahí: en la ciencia, la técnica y la industria creadas por el propio desarrollo del capitalismo, que aprovecha todos los recursos del planeta, aunque de forma incompleta, anárquica y sin desarrollar. Sólo sobre la base de un plan de producción integrado y armonioso puede realizarse este potencial. Pero esto sólo puede llevarse a cabo sobre la base de la propiedad común de los medios de producción y un plan socialista democrático.

Estas verdades elementales del marxismo se daban por supuestas por Lenin y los bolcheviques. No condujeron a los obreros a la victoria en octubre de 1917 con el fin de "construir el socialismo" dentro de las fronteras del antiguo imperio zarista, sino para dar el primer golpe de la revolución socialista internacional:



"De la Rusia de la NEP Vendrá la Rusia Socialista", 1921

"Nosotros hemos empezado la obra," escribió Lenin en el cuarto aniversario de la Revolución de Octubre. "Poco importa saber cuándo, en qué plazo y en qué nación culminarán los proletarios esta obra. Lo esencial es que se ha roto el hielo, que se ha abierto el camino, que se ha indicado la dirección."¹

EL AISLAMIENTO DE LA REVOLUCIÓN

Para Lenin, la importancia primordial de la Revolución Rusa radicaba en el ejemplo que le proporcionó a los trabajadores del mundo. El fracaso de la oleada revolucionaria que recorrió Europa en el período 1918-21 fue el factor decisivo en el desarrollo posterior. Sobre la base de una revolución europea victoriosa, el enorme potencial de la riqueza mineral de Rusia,

su vasta fuerza de trabajo, podrían haberse unido a la ciencia, la tecnología y la industria de Alemania, Gran Bretaña y Francia. Los Estados Unidos Socialistas de Europa podrían haber transformado la vida de los pueblos de Europa y Asia y haber abierto el camino a una Federación Mundial Socialista. En cambio, como resultado de la cobardía e ineptitud de los dirigentes obreros, las clases trabajadoras europeas se enfrentaron a décadas de penurias, desempleo, fascismo y una nueva guerra mundial. Por otra parte, el aislamiento del único Estado obrero del mundo en un país atrasado y campesino, abrió la puerta a la degeneración burocrática y a la reacción estalinista.

La derrota de la clase obrera alemana en marzo de 1921 obligó a la República Soviética a buscar sus propios recursos para sobrevivir. En un

"Bajo el estandarte de Lenin para la construcción socialista": Fotomontaje de 1930, en el que el siniestro espectro del sombrío rostro de Stalin se levanta como una amenaza detrás de un desprevenido Lenin; una imagen que sorprendentemente pasó desapercibida a los censores

discurso pronunciado el 17 de octubre de 1921, Lenin expuso las consecuencias:

“Debéis recordar que nuestro País Soviético, sumido en la miseria tras largos años de pruebas, no está rodeado de una Francia o una Inglaterra socialistas, que podrían ayudarnos con su alto nivel técnico e industrial. ¡Nada de eso! Debemos recordar que ahora toda su técnica adelantada y su industria desarrollada pertenecen a los capitalistas, los cuales obran contra nosotros”.²

Para sobrevivir, era necesario conciliar el deseo del campesino de obtener beneficios, incluso a costa de la clase obrera y de la construcción de la industria, única base real para la transición al socialismo.

Las concesiones otorgadas a los campesinos, pequeños empresarios y especuladores (“nepmen”) evitaron el colapso económico en 1921-22. Se restableció el comercio entre la ciudad y el campo, pero en condiciones muy desfavorables para la ciudad. La reducción de los impuestos al campesino recortó los fondos necesarios para la inversión en la industria. La industria pesada se estancó, mientras que gran parte de la industria ligera estaba en manos privadas. Incluso la reactivación de la agricultura fortaleció el elemento capitalista, no el socialista, de la sociedad soviética. Los “kulaks” (campesinos ricos), que disponían de las fincas más grandes y fértiles y del capital necesario para el equipamiento; los caballos y los fertilizantes, obtuvieron enormes beneficios. De hecho, pronto quedó claro que, bajo la NEP, la diferencia entre ricos y pobres en los pueblos crecía de forma alarmante. Los kulaks se dedicaron a acaparar el grano para subir sus precios, e incluso compraron el grano de los campesinos pobres para venderlo más tarde, cuando los precios subieran.

Estas tendencias fueron observadas con ansiedad por Lenin, quien advirtió repetidamente de la necesidad de que la clase obrera mantuviera el control sobre las palancas de la economía. En el IV Congreso de la Internacional Comunista, en noviembre de 1922, Lenin resumió el asunto:

“La salvación de Rusia no está sólo en una buena cosecha en el campo -esto no basta-; tampoco está sólo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo -esto tampoco basta-; necesitamos, además, una industria pesada. Pero, para ponerla en buenas condiciones, se precisarán varios años de trabajo. La industria pesada necesita subsidios del Estado. Si no los encontramos, pereceremos como Estado civilizado, sin decir ya que también como Estado socialista”.³

En este período, Lenin abordó el problema de la electrificación como un área posible

en la que se podía abrir una brecha en el sólido muro del atraso ruso.

Trotsky, por su parte, estaba preocupado por la planificación estatal global de la industria, que prácticamente se había perdido bajo la NEP. En todo momento insistió en la necesidad de reforzar el “Gosplan”, la Agencia de Planificación Estatal, como medio de fomentar una reactivación general planificada de la industria. Lenin, al principio, desconfiaba de la idea, no porque rechazara la planificación, sino por la lacra de la burocracia imperante en las instituciones soviéticas, que, temía, convertiría un Gosplan ampliado y reforzado en un juego de papel.

Por muy diferentes que fueran sus planteamientos sobre esta cuestión, Lenin y Trotsky estaban completamente de acuerdo sobre la urgente necesidad de fortalecer los elementos socialistas en la economía y de acabar con el retroceso en la dirección del “capitalismo campesino”. Sin embargo, tal era la presión del interés de los kulaks que incluso una parte de la dirección bolchevique empezó a ceder. La cuestión sobre qué camino tomaría el poder soviético se planteó a bocajarro en la controversia sobre el monopolio del comercio exterior que estalló en marzo de 1922.

MONOPOLIO DEL COMERCIO EXTERIOR

El monopolio del comercio exterior, establecido en abril de 1918, fue una medida vital para asegurar la economía socialista contra la amenaza de penetración y dominación del capital extranjero. Bajo la NEP, el monopolio se hizo aún más importante como baluarte contra las crecientes tendencias capitalistas. A principios de 1922, a petición de Lenin, A.M. Lezhava redactó unas *Tesis Sobre el Comercio Exterior* que subrayaban la necesidad de reforzar el monopolio y supervisar estrictamente las exportaciones e importaciones. A pesar de ello, el Comité Central Bolchevique estaba dividido. Stalin, Zinóviev y Kámenev se opusieron a las propuestas de Lenin y abogaron por la relajación del monopolio, mientras que Sokolnikov, Bujarin y Piatakoff llegaron a pedir su abolición.

El 15 de mayo, Lenin escribió la siguiente carta a Stalin:

“Cam. Stalin: En vista de la situación creada propongo que, después de consultar a los miembros del Buró Político, se apruebe la siguiente directiva: “El C.C. ratifica el monopolio del comercio exterior y resuelve suspender en todas partes los estudios y preparativos vinculados a la



fusión del CSEny el CPCE.” La presente es reservada; hágase firmar a los comisarios con esa advertencia y devuélvase el original a Stalin sin sacar copias.”⁴

Al mismo tiempo, escribió a Stalin y a Frumkin (vicecomisario del Pueblo para el Comercio Exterior) insistiendo en que había que “prohibir formalmente todas las conversaciones y negociaciones, comisiones, etc., relativas a la relajación del monopolio del comercio exterior”.⁵

La respuesta de Stalin fue evasiva: “No tengo ninguna objeción a una ‘prohibición formal’ de las medidas para mitigar el monopolio del comercio exterior en la etapa actual. De todos modos, creo que la mitigación se está volviendo indispensable”.⁶

El 26 de mayo, Lenin sufrió el primer ataque de su enfermedad, que lo dejó fuera de actividad hasta septiembre. Mientras tanto, a pesar de la petición de Lenin, se volvió a plantear la cuestión de la “mitigación” del monopolio. El 12 de octubre, Sokolnikov presentó una resolución en el pleno del Comité Central, para la flexibilización del monopolio del comercio exterior. Lenin y Trotsky estaban ausentes, y la resolución fue aprobada por abrumadora mayoría.

El 13 de octubre, Lenin escribió al Comité Central a través de Stalin, con quien ya había discutido el asunto. Lenin protestó contra la decisión y exigió que la cuestión se planteara de nuevo en el próximo pleno de diciembre. Posteriormente, Stalin escribió a los miembros del CC:

“La carta del camarada Lenin no me ha persuadido de que la decisión del CC fuera errónea... No obstante, en vista

de la insistencia del camarada Lenin en que se retrase el cumplimiento de la decisión del Pleno del CC, votaré a favor de un aplazamiento para que la cuestión pueda volver a plantearse para su discusión en el próximo Pleno al que asistirá el camarada Lenin".⁷

El 16 de octubre se acordó posponer el asunto hasta el siguiente pleno. Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha del pleno, Lenin estaba cada vez más preocupado porque su estado de salud no le permitiría hablar. El 12 de diciembre, escribió su primera carta a Trotski pidiéndole que asumiera "defender en el próximo pleno nuestro punto de vista común sobre la necesidad absoluta de mantener y afianzar el monopolio del comercio exterior"⁸. Las cartas escritas por Lenin indican claramente el bloque político que existía entre Lenin y Trotski en esta época. Demuestran la fe implícita de Lenin en los juicios políticos de Trotski, una fe nacida de años de trabajo común a la cabeza del Estado soviético. Y no es casualidad que en esta época Lenin no recurriera a nadie más para defender sus opiniones en el Comité Central. Incluso sus otros confidentes, Frumkin y Stomoniakov, no eran miembros del Comité Central.

Al enterarse de los preparativos de Lenin para una lucha y de su bloque con Trotski, el Comité Central se echó atrás sin luchar. El 18 de diciembre, la resolución de octubre fue anulada incondicionalmente. El primer asalto en la batalla contra el elemento pro-kulak en la dirección del partido fue ganado por la fracción leninista. La batalla fue continuada después de la muerte de Lenin por Trotski y la Oposición de Izquierda, que fueron los únicos que mantuvieron en alto la bandera y el programa de Lenin frente a la contrarrevolución política estalinista.

LA AMENAZA DE BUROCRATISMO

Friedrich Engels explicó hace tiempo que en cualquier sociedad en la que el arte, la ciencia y el gobierno son el dominio de una minoría, ésta utilizará y abusará de su posición en su propio interés. Debido al aislamiento de la revolución en un país atrasado, los bolcheviques se vieron obligados a recurrir a los servicios de una serie de antiguos funcionarios zaristas para mantener el estado y la sociedad en funcionamiento. Estos elementos, que habían mantenido en jaque al gobierno obrero en los primeros días de la revolución, se fueron dando cuenta de que el poder soviético no iba a ser aplastado por la fuerza armada. Una vez pasados los peligros de la guerra civil, muchos antiguos enemigos del bolchevismo comenzaron a infiltrarse en el Estado, en los sindicatos e incluso en el partido.

La primera "purga", en 1921, no tuvo nada que ver con los posteriores y grotescos juicios inculpatarios de Stalin, en los que se asesinó a toda la vieja cúpula bolchevique. Nadie fue juzgado, asesinado o encarcelado. Pero se crearon comisiones especiales del partido para expulsar del mismo a los miles de arribistas y burgueses que se habían afiliado para favorecer sus propios intereses. Los delitos por los que se expulsaba a la gente eran "el burocratismo, el arribismo, el abuso por parte de los miembros del partido de su estatus partidario o soviético, la violación de las relaciones de camaradería dentro del partido, la difusión de rumores infundados y no verificados, insinuaciones u otros informes que reflejen al partido o a miembros individuales del mismo, y que destruyan la unidad y la autoridad del partido"⁹.

Para llevar a cabo una lucha contra la burocracia, Lenin abogó por la creación de un "Comisariado de Inspección Obrera

y Campesina" (RABKRIN), como máximo árbitro y guardián de la moral del partido, y como arma contra los elementos ajenos al aparato estatal soviético. En el centro del RABKRIN, Lenin colocó a un hombre al que respetaba por su capacidad organizativa y su fuerte carácter: Stalin.

Entre otras funciones importantes, el RABKRIN examinaba la selección y el nombramiento de los trabajadores responsables del Estado y del partido. Quien tenía el poder de frenar la promoción de algunos y avanzar la de otros, obviamente tenía un arma que podía servir a sus propios intereses. Stalin no tuvo escrúpulos en utilizarla para los suyos. El RABKRIN pasó de ser un arma contra la burocracia a un foco de intrigas arribistas. Stalin utilizó su posición en el RABKRIN cínicamente, y más tarde su control del Secretariado del partido, para reunir en torno a sí un bloque de hombres sumisos, nulidades cuya única lealtad era hacia el hombre que les ayudó a ascender a posiciones cómodas. De ser el más alto árbitro de la moralidad del partido, el RABKRIN se hundió en las más bajas profundidades del cinismo burocrático.

Trotski se dio cuenta de lo que ocurría antes que Lenin, cuya enfermedad le impedía supervisar de cerca el trabajo del partido. Trotski señaló que "los que trabajan en el RABKRIN son sobre todo obreros que han tenido problemas en otros campos", y llamó la atención sobre la "extrema prevalencia de la intriga en los órganos del RABKRIN, que se ha convertido en un tópico en todo el país"¹⁰.

Lenin siguió defendiendo el RABKRIN contra las críticas de Trotski. Sin embargo, en sus últimos trabajos vemos que abrió sus ojos ante la amenaza de la burocracia desde este sector y al papel de Stalin quien les guiaba. En su artículo "Cómo tenemos que reorganizar la inspección



De izquierda a derecha: Stalin, Rykov, Zinoviev y Bujarin en 1924



Stalin y Ordzhonikidze en Tiflis, Georgia, 1925

obrero y campesina”, Lenin relacionó la cuestión con la deformación burocrática del aparato estatal obrero:

“Nuestra administración pública, excluido el Comisariado del pueblo de Negocios Extranjeros, en sumo grado de supervivencia de la vieja administración que ha sufrido mínimos cambios de alguna importancia. Sólo ha sido ligeramente retocada por encima; en los demás aspectos sigue siendo lo más típicamente viejo de nuestra vieja administración pública.”¹¹

Sin embargo, en el último artículo de Lenin, escrito el 2 de marzo de 1923, ‘Más vale poco y bueno’, lanzó el ataque más mordaz contra el RABKRIN:

Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad de la menor autoridad.

Todos saben que no hay instituciones peor organizadas que las de nuestra Inspección Obrera y Campesina, y que en las condiciones actuales nada podemos esperar de este comisariado del pueblo.”¹²

En el mismo artículo, Lenin incluyó un comentario dirigido directamente a Stalin: “Dicho sea entre paréntesis, tenemos burócratas, no sólo en las instituciones soviéticas, sino también en las del partido.”¹³

El hecho de que Lenin señala a Stalin como el potencial cabecilla de una facción de burócratas en el partido es un ejemplo de su clarividencia. En ese momento, el poder de Stalin en el “aparato” era invisible para la mayoría, incluso de los miembros del partido, mientras que la mayoría de los dirigentes no lo creían capaz de utilizarlo, en vista de su notoriamente mediocre dominio de la política y la teoría.

Incluso después de la muerte de Lenin, no fue Stalin, sino Zinóviev, quien encabezó la “Troika” (Zinóviev, Kámenev, Stalin) que empujó al partido a dar los primeros y fatídicos pasos para alejarse de las tradiciones de Octubre bajo el pretexto de un ataque al “trotskismo”.

No fue casualidad que el último consejo de Lenin al partido fuera advertirle contra el abuso de poder “desleal” e “intolerante” de Stalin y abogar por su destitución del cargo de Secretario General.

LA CUESTIÓN GEORGIANA

La derrota de la revolución obrera europea dio aún más importancia al trabajo de la Internacional Comunista por una revolución de los pueblos esclavizados del Este. La Revolución de Octubre dio un poderoso impulso a la lucha de las colonias contra sus opresores imperialistas. En particular, la orgullosa consigna de “el derecho de las naciones a la autodeterminación” blasonada en la bandera del bolchevismo animó a los millones de oprimidos de Asia y África.

Prácticamente el primer acto del gobierno obrero fue reconocer la independencia de Finlandia, aunque eso significaba inevitablemente conceder la independencia a un gobierno capitalista hostil. Naturalmente, los marxistas defienden firmemente la unión de todos los pueblos en una Federación Socialista Mundial. Pero esa unidad no puede realizarse por la fuerza, sino sólo por el libre consentimiento de los obreros y campesinos de los distintos países. Sobre todo, cuando los obreros de una antigua nación imperialista toman el poder, tienen el deber de respetar los deseos de los pueblos de las antiguas colonias, incluso si desean

separarse. La unificación puede lograrse más tarde, sobre la base del ejemplo y la persuasión.

En 1921, el Ejército Rojo se vio obligado a intervenir en Georgia, donde el gobierno había tratado constantemente con Gran Bretaña y otras potencias capitalistas contra el Estado Soviético. Lenin estaba muy preocupado porque esta acción militar no fuera vista como la anexión de Georgia a Rusia, identificando así al Estado soviético con los opresores zaristas. Escribió una carta tras otra instruyendo a Orzhonikidze, el representante del Comité Central ruso en Georgia, para que siguiera una “política especial de concesiones respecto de los intelectuales y pequeños comerciantes georgianos, y los pequeños comerciantes georgianos”, y abogando por el establecimiento de una “un bloque con Zhordania o cop mencheviques georgianos semejantes a él”.¹⁴ El 10 de marzo, envió un telegrama instando a la necesidad de que “observen una actitud especialmente respetuosa hacia los organismos soberanos de Georgia y traten con atención y prudencia especiales a la población georgiana”¹⁵

Sin embargo, las actividades de Orzhonikidze en Georgia estaban relacionadas con la camarilla de Stalin en el partido. Stalin estaba trabajando en propuestas para la unificación de la Federación Socialista Soviética Rusa con las demás repúblicas soviéticas no rusas. En agosto de 1922, mientras Lenin estaba fuera de combate, se creó una comisión en la que Stalin era la figura principal para elaborar los términos de la unificación.

Cuando aparecieron las tesis de Stalin, fueron firmemente rechazadas por el Comité Central del Partido Comunista de Georgia. El 22 de septiembre, los dirigentes comunistas georgianos aprobaron la siguiente moción:

“La unión en forma de autonomización de las repúblicas independientes, propuesta sobre la base de las tesis de Stalin es prematura. Es necesaria una unión de esfuerzos económicos y una política común, pero deben conservarse todos los atributos de la independencia.”¹⁶

Las protestas de los georgianos no fueron escuchadas. Stalin se empeñó en aprobar sus propias propuestas. La comisión se reunió los días 23 y 24 de septiembre, bajo la presidencia del títere de Stalin, Molotov y rechazó la moción georgiana, con un solo voto a favor (Mdivani, el representante georgiano). El 25 de septiembre, los materiales de la Comisión fueron enviados a Lenin, que estaba convaleciente en Gorki. Sin esperar la opinión de Lenin, y sin siquiera una discusión en el Politburó, el Secretariado (el centro de Stalin en el partido)

envió la decisión de la Comisión a todos los miembros del CC para preparar el Pleno de octubre.

El 26 de septiembre, Lenin escribió al Comité Central a través de Kámenev instando a la cautela en esta cuestión y advirtiendo contra el intento de Stalin de apresurar el asunto. (“Stalin tiene cierta tendencia a apresurarse”¹⁷) Lenin había quedado con él al día siguiente. Todavía no sospechaba hasta qué punto había llegado Stalin para forzar la unificación. Sin embargo, incluso esta carta indica su oposición a cualquier afrenta a las aspiraciones nacionales de un pequeño pueblo y a reforzar así el dominio del nacionalismo.

“Lo importante es que no demos pábulo a los ‘independistas’, que no destruyamos su independencia, sino que organicemos otro nuevo piso, una federación de repúblicas iguales en derechos”.¹⁸

Las enmiendas de Lenin pretendían suavizar el tono del proyecto original de Stalin para dar cabida a los “independentistas”, a quienes consideraba, en este punto, equivocados. En respuesta a los suaves comentarios de Lenin, Stalin escribió a los miembros del Politburó el 27 de septiembre una serie de bruscas y hoscas réplicas, entre ellas la siguiente:

“En el párrafo 4, a juicio mío, el camarada Lenin se ha ‘precipitado demasiado’ al rechazar la fusión de los Comisariados de Hacienda, Abastecimientos, Trabajo y Economía pública con los Comisariados federativos. Casi no puede ponerse en duda que esta ‘prensa’ les va a servir a los ‘independientes’ en detrimento del liberalismo nacional Lenin.”¹⁹

La grosera respuesta de Stalin fue la expresión de su inconfesable molestia por la “intromisión” de Lenin en lo que consideraba su dominio privado, acentuada por el temor al resultado de la intervención de Lenin.

Los temores de Stalin estaban bien fundados. Tras su discusión con Mdivani, Lenin se convenció de que el asunto de Georgia estaba siendo mal manejado por Stalin, y se puso a trabajar en la acumulación de pruebas. El 6 de octubre, Lenin escribió un memorando al Politburó, Sobre la lucha contra el chovinismo nacional dominante:

“Declaro una guerra a muerte al chovinismo ruso. Lo comeré con todas mis muelas sanas en cuanto me libre de la maldita muela”.²⁰

Lenin aún no había comprendido toda la importancia de lo ocurrido en Georgia. No sabía que Stalin, para fortalecer su mano, había llevado a cabo una purga de los mejores cuadros del bolchevismo georgiano, sustituyendo el viejo comité central por elementos nuevos y más “flexibles”.

Lo que sabía era suficiente para despertar las sospechas de Lenin. En la semana siguiente comenzó a recoger discretamente información sobre el “asunto” georgiano, y consiguió que el Comité Central enviara a Rykov y Dzerzhinsky a Tiflis para investigar las quejas de los bolcheviques georgianos.

EL TESTAMENTO DE LENIN

Los días 23 y 24 de diciembre, Lenin comenzó a dictar a su secretario sus famosas cartas al Congreso. Insistió en que debían ser secretas. El trabajo de Lenin avanzó lento y penosamente, interrumpido por ataques de enfermedad. Pero a través de todo ello, se hace cada vez más clara la idea de que el enemigo central estaba en el “aparato” burocrático del Estado y del partido, y en el hombre que estaba a su cabeza, Stalin.

En *La situación real en Rusia*, Trotski registra la última conversación que tuvo con Lenin poco antes de su segundo ataque. En respuesta a la sugerencia de Lenin de que Trotski participara en una nueva comisión para luchar contra la burocracia (ver “Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina”). Trotski respondió lo siguiente:

“Vladímir Ilich, a mi parecer, en la lucha actual con el burocratismo en el aparato soviético no debemos olvidar que tanto en el centro como en las provincias se está efectuando una selección especial de funcionarios y especialistas en torno a ciertas personalidades y grupos del partido, es decir, el Comité Central, etc. Atacando a los funcionarios soviéticos se combate a los líderes del partido. El especialista es un miembro de su séquito. En tales circunstancias, yo no podría emprender esta labor”.

Vladímir Ilich reflexionó un momento y dijo: ‘Es decir, que yo proponga una lucha con el burocratismo soviético y usted quiere añadir a esto el burocratismo de la Comisión de Organización del partido’. Yo me eché a reír ante aquella salida inesperada, porque no se me había ocurrido una expresión tan clara de mi idea, y respondí: ‘Así lo entiendo’.

Entonces, Vladímir Ilich repuso: ‘Está bien, le propongo la formación de un bloque’. Yo dije: ‘Siempre estoy dispuesto a formar un bloque con un hombre bueno’”.²¹

Esta conversación es importante por la luz que arroja sobre el contenido de las últimas obras de Lenin, especialmente el famoso ‘Testamento’, las cartas sobre la cuestión nacional y ‘Más vale poco y bueno’. El tono de sus cartas se vuelve cada vez más agudo, sus objetivos más claramente definidos, cada día. No importa la cuestión que trate, el pensamiento central es el mismo, la necesidad de combatir la presión de las fuerzas de clase ajenas en el Estado y en el partido, el desarraigo de la burocracia, la lucha contra el chovinismo gran ruso, la lucha contra la camarilla de Stalin en el partido.

A pesar de las insistentes peticiones de Lenin de que sus notas se mantuvieran estrictamente secretas, la primera parte del ‘Testamento’ llegó a manos del Secretariado y de Stalin, quien inmediatamente se dio cuenta del peligro de la intervención de Lenin y tomó medidas para impedirlo. Se ejerció una fuerte presión sobre las secretarías de Lenin para evitar que éste descubriera cualquier noticia que pudiera “molestarle”.

Sin embargo, Lenin se enteró por Dzerzhinsky de que, entre otras tropelías perpetradas por la facción de Stalin, Orzhonikidze había llegado a golpear a uno de los



Dzerzhinsky con Stalin, junio de 1924



Lenin en Gorki, 1 de julio de 1923

opositores georgianos. Esto puede parecer poca cosa si se compara con el terror estalinista posterior, pero conmocionó profundamente a Lenin. Su secretaria anotó en su diario del 30 de enero de 1923 las palabras de Lenin: “En vísperas de mi enfermedad, Dzerzhinski me ha hablado de los trabajos de la comisión y del “incidente” y ésto me ha inferido un duro golpe.”²²

Para comprender la enormidad de este crimen, es necesario conocer las relaciones entre el nacionalismo ruso (más correctamente gran ruso) y las minorías nacionales que, bajo los zares, eran tratadas con el mismo desprecio y la misma bárbara arbitrariedad que los negros y los indios bajo el Imperio Británico. La tarea histórica de la Revolución Rusa fue elevar a estas minorías despreciadas a la categoría de hombres de pleno derecho, con sus propios derechos y dignidad. La idea de que un representante de la nación gran rusa abusara o golpeará a un georgiano era un crimen contra el internacionalismo proletario, una monstruosidad zarista que habría sido castigada de la forma más drástica: con la expulsión del partido, como mínimo. Por eso Lenin descargó su ira contra Stalin y Orzhonikidze, exigiendo “hay que castigar ejemplarmente al camarada Ordzhonikidze”.²³

Stalin puso todos los obstáculos para que Lenin no recibiera información de

Georgia. Numerosos pasajes de los diarios de las secretarías de Lenin dan una clara imagen de este acoso burocrático:

“Jueves 25 de enero ha preguntado [Lenin] si hemos recibido los documentos [del comité gregoriano]. He respondido que Dzerzhinsky sólo había regresado el sábado. Y por ello no he podido pedirselos todavía.

El sábado he llamado a Dzerzhinsky; ha dicho que los documentos los tiene Stalin. He enviado una carta a Stalin, pero no se hallaba en Moscú. Ayer, 29 de enero, Stalin ha telefoneado diciendo que no podía remitir los documentos sin la aprobación del Buró Político. *Me ha preguntado si yo no le he dicho a Vladímir Ilich algo más de lo necesario: ¿cómo tenía él conocimiento de los asuntos corrientes? Por ejemplo, su artículo sobre la Inspección Obrera y Campesina [RABKRIN] demuestra que le son conocidas ciertas circunstancias.* He respondido que yo no le digo nada y que no tengo ningún motivo para creer que él esté al corriente. Vladímir Ilich me ha llamado hoy para saber la respuesta y me ha dicho que se batirá para que le entregaran esos documentos”.²⁴ [Énfasis añadido]

Estas pocas líneas revelan crudamente la manera bravucona y burocrática con la que Stalin intentó defender su posición contra Lenin, a quien temía mortalmente,

incluso en su lecho de muerte. No puede haber una ilustración más clara de la “grosería” y “deslealtad” de Stalin a la que se refiere Lenin en su ‘Testamento’.

MÁS VALE POCO Y BUENO

La actitud de desconfianza de Lenin hacia la comisión de Dzerzhinsky y el comportamiento del Comité Central se refleja en sus instrucciones a sus secretarías:

- “1) ¿Por qué el antiguo CC del PC de Georgia fue acusado de desviacionismo?
- 2) ¿De qué falta de disciplina se les acusó?
- 3) ¿Por qué se acusa al Comité Transcaucásico de suprimir el CC del PC de Georgia?
- 4) Los medios físicos de supresión “biomecánica”.
- 5) La línea del CC del PC (del PCR(B)) en ausencia de Vladímir Ilich y en su presencia.
- 6) Actitud de la Comisión. ¿Examinó sólo las acusaciones contra el CC del PC de Georgia o también contra el Comité Transcaucásico? ¿Examinó el incidente de la “biomecánica”?
- 7) La situación actual (la campaña electoral, los mencheviques, la supresión, la discordia nacional).²⁵

Pero la creciente comprensión de Lenin de los métodos desleales y deshonestos de elementos de la dirección del partido le hizo desconfiar también de su propio secretariado. ¿No estaban ellos también amordazados por Stalin?

“El 24 de enero Vladímir Ilich me ha dicho: ‘Ante todo, por lo que hace a nuestro asunto “clandestino”: sé que usted me engaña’. A mis seguridades en sentido contrario, me ha dicho: ‘Sobre esto tengo mi opinión’”.²⁶

Con dificultad, el enfermo Lenin logró enterarse de que el Politburó había aceptado las conclusiones de la Comisión de Dzerzhinsky. Fue en ese momento (del 2 al 6 de febrero) cuando Lenin dictó ‘Más vale poco y bueno’, el más abierto ataque a Stalin y a la burocracia del partido hasta entonces. Los sucesos de Georgia habían convencido a Lenin de que el chovinismo podrido del Estado era el indicio más peligroso de la presión de las clases ajenas:

“Nuestro aparato estatal es hasta tal punto deplorable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente de qué modo luchar contra sus deficiencias, recordando que esas deficiencias provienen del pasado, que, a pesar de haber sido radicalmente cambiado, no ha sido superado...”²⁷

En su última aparición pública en una reunión política, el Undécimo Congreso del PCR(B), Lenin había advertido que la máquina del Estado se estaba escapando del control de los comunistas:

“El automóvil se desmanda; al parecer, va en él una persona que lo guía, pero el automóvil no marcha hacia donde lo guía el conductor, sino hacia donde lo lleva alguien, algo clandestino, o algo que está fuera de la ley, o que Dios sabe de dónde habrá salido, o tal vez unos especuladores, quizás unos capitalistas privados, o puede que unos y otros; pero el automóvil no va hacia donde debe y muy a menudo en dirección completamente distinta de la que imagina el que va sentado al volante.”²⁸

El veneno del nacionalismo, el rasgo más característico de todas las formas de estalinismo tenía sus raíces en la reacción de los pequeños burgueses, los kulaks, los hombres de la NEP y los funcionarios soviéticos contra el internacionalismo revolucionario de octubre.

RUPTURA CON STALIN

Lenin propuso luchar contra esta reacción en el próximo Congreso, en alianza con Trotski, el único miembro del Comité Central en el que podía confiar para defender su punto de vista.

Se propuso tratar personalmente la cuestión del RABKRIN y estaba “preparando una bomba”²⁹ para Stalin. Su convicción de que el “aparato” del Partido conspiraba para mantenerlo fuera a toda costa queda ilustrada por la observación de su secretario de que “aparentemente, además, Vladímir Ilich tiene la impresión de que no eran los médicos los que daban instrucciones al Comité Central, sino el Comité Central el que daba instrucciones a los médicos”.³⁰

Las sospechas de Lenin estaban muy bien fundadas. Una de las ideas que se barajaron seriamente en el Comité Central en ese momento fue la impresión de un número especial y único de Pravda, especialmente para el consumo de Lenin, ¡para engañarlo sobre el asunto de Georgia!

El argumento de que todo esto fue por el bien de la salud de Lenin no se sostiene. Como él mismo explicó, nada le agitaba y disgustaba tanto como las acciones desleales de los miembros del CC y el tejido de mentiras con que se camuflaban. La verdadera actitud de Stalin hacia el moribundo Lenin se reveló en un incidente verdaderamente monstruoso en el que se vio involucrada Krupskaya, la esposa de Lenin: al intentar defender a su marido enfermo de las groseras importunaciones de Stalin, fue recompensada con burdos abusos por parte del “leal discípulo”. Krupskaya describe el incidente en una carta a Kámenev del 23 de diciembre de 1922:

“Lev Borisovich,

Con respecto a la breve carta escrita por mí al dictado de Vladímir Ilich con el permiso de los médicos, Stalin me llamó ayer por teléfono y se dirigió a

mí de la manera más cruda. No llevo en el partido apenas un día. En todos los 30 años no he oído ni una sola palabra grosera de un camarada. Los intereses del partido y de Ilich no son menos queridos para mí que para Stalin. Ahora necesito el máximo autocontrol. Sé mejor que cualquier médico lo que se puede o no se puede decir a Ilich, porque sé lo que le molesta y lo que no, en todo caso mejor que Stalin”.³¹

Krupskaya rogó a Kámenev, amigo personal, que la protegiera “de las groseras injerencias en mi vida personal, de las indignas trifulcas y de las amenazas”, y añadió que en cuanto a la amenaza de Stalin de llevarla ante una comisión de control “No tengo fuerzas ni tiempo para perder en esas estúpidas disputas. También soy un ser humano y mis nervios están al límite”.³²

La amenaza de Lenin de romper toda relación de camaradería con Stalin y sus acusaciones de “grosería” en el “Testamento” se explican a menudo con vagas referencias a este incidente. Pero, en primer lugar, lo que hizo Stalin no fue un asunto “personal”, sino una grave ofensa política, castigada con la expulsión del partido. La ofensa se ve magnificada por el hecho de que la posición de Stalin en el partido le obligaba a erradicar tal comportamiento, no a defenderlo.

Sin embargo, este “pequeño incidente” debe verse en su contexto adecuado. Es sólo la más desagradable y obvia de las manifestaciones de deslealtad de Stalin.

Los últimos días de actividad de Lenin se dedicaron a organizar su lucha contra la facción de Stalin en el Congreso. Escribió una carta a Trotski pidiéndole que asumiera la defensa de los camaradas georgianos, y a los dirigentes georgianos comprometiéndose calurosamente con su causa. Hay que señalar que expresiones tan enfáticas como “de todo corazón” y “con los mejores saludos de camaradería” se encuentran muy raramente en las cartas de Lenin, que prefería un estilo de escritura más comedido. Era una medida de su compromiso con la lucha. También hay que señalar que el bloque de Lenin constituía una facción política, lo que más tarde los estalinistas denominaron “bloque anti-partido”. Los estalinistas ya habían organizado su facción que controlaba la maquinaria del partido.

Fotieva, la secretaria de Lenin, anotó las últimas notas de Lenin sobre la cuestión georgiana, evidentemente como preparación para un discurso en el Congreso: “Indicaciones de Vladímir Ilich: hacerle observar a Solts —miembro del Presidium de la Comisión Central de Control del PCR(b)— que él (Lenin) está del lado del ofendido. Hacerle comprender a algunos de los ofendidos que está de la parte de dios. Tres elementos: 1) no

se debe venir a las manos; 2) hay que hacer concesiones; 3) no se puede comparar un gran estado con uno pequeño. ¿Lo sabía Stalin? ¿Por qué no ha reaccionado? La definición de ‘desviacionismo’ por tendencia al chovinismo y al mencheviquismo demuestra esta misma tendencia en los defensores de la gran potencia. Reunir para Vladímir Ilich los materiales de la prensa”.³³

El 9 de marzo, Lenin sufrió su tercera apoplejía que lo dejó paralizado e impotente. La lucha contra la degeneración burocrática pasó a Trotski y a la Oposición de Izquierda. Pero Lenin sentó las bases del programa de la Oposición, contra la burocracia, contra la amenaza de los kulak, por la industrialización y la planificación socialista, por el internacionalismo socialista y la democracia obrera. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc34
o escanea el código QR



LA LUCHA DE TROTSKI POR REJUVENECER EL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Luego de que Lenin quedara incapacitado por un derrame cerebral en marzo de 1923, Trotski se dio a la tarea de luchar por rejuvenecer el partido Bolchevique. **Niklas Albin Svensson** explica cómo surgió por primera vez el conflicto entre la futura Oposición de Izquierda contra la “troika” de Stalin, Zinóviev y Kámenev, y extrae las valiosas lecciones que contiene para los comunistas de hoy.

En 1923, la situación política de la URSS empeoró. Lenin ya no podía llevar a cabo ninguna actividad política. La NEP había proporcionado cierto alivio temporal a la devastación económica de la guerra civil, pero estaba provocando malestar en las fábricas, y varias huelgas se extendieron por todo el país. Se estaba gestando una ruptura entre los trabajadores y el Partido Bolchevique. A esto se sumó el fortalecimiento de la burocracia estatal por la NEP.

Trotski y Lenin eran muy conscientes de la lucha a la que se enfrentaban para evitar que el partido sucumbiera a la presión de la burocracia estatal. Los últimos artículos y cartas de Lenin se dirigieron precisamente contra la burocracia estatal y sus defensores en el Partido Bolchevique. Después de que Lenin fuera incapacitado por un derrame cerebral en marzo de 1923, le correspondió a Trotski asumir la lucha por preservar las verdaderas tradiciones del bolchevismo.

LA LUCHA SALE A LA LUZ

El primer congreso del Partido Bolchevique sin la presencia de Lenin tuvo lugar en abril de 1923. Trágicamente, Lenin nunca pudo lanzar la “bomba” que había estado preparando para este congreso, por lo que el inevitable conflicto entre los principios genuinos del leninismo y la burocracia emergente permaneció bajo la superficie.

Un importante punto álgido se produjo en octubre de 1923, cuando Trotski escribió una carta al Comité Central advirtiendo de la burocratización del partido y de la perspectiva de una crisis económica y política si la dirección no la frenaba conscientemente:

“La burocratización del aparato partidario ha alcanzado proporciones inauditas a través de la aplicación de los métodos de la selección secretarial. Aún durante las horas más crueles de la guerra civil, discutimos en las organizaciones partidarias, como también en la prensa, sobre asuntos tales como



Dibujo a lápiz conté de Trotski realizado en 1923 por Sergei Pichugin — tras el exilio de Trotski, el artista pegó una hoja de cartulina blanca sobre el dibujo y fue redescubierto setenta y cinco años después

el reclutamiento de especialistas, las fuerzas partidarias versus un ejército regular, la disciplina, etc.; mientras que ahora no existe muestra alguna de un intercambio de opiniones tan abierto sobre las cuestiones que realmente preocupan al partido. Se ha creado una capa muy amplia de trabajadores en el partido que pertenecen al aparato del estado o del partido y que han renunciado totalmente a sostener opiniones políticas propias, o por lo menos a

expresarlas abiertamente, como si creyeran que la jerarquía secretarial fuera el aparato apropiado para la formación de opiniones partidarias y la toma de decisiones partidarias. Bajo esta capa que renuncia a tener sus propias opiniones existe una amplia capa de masas partidarias ante las cuales cada decisión se plantea como un llamado o una orden. Dentro de este estrato de la base del partido hay un grado extraordinario de descontento que es en parte

absolutamente legítimo y en parte provocado por factores incidentales...¹ Trotski, con palabras muy agudas, ataca el proceso de selección de los secretarios locales del partido y cómo esto crea una camarilla burocrática en el centro del partido. Explica que esto conduce a la pasividad de la masa de los miembros del partido y de la clase obrera en su conjunto, que no tienen ninguna oportunidad de participar en los debates y decisiones del partido, sino que reciben fórmulas prefabricadas como una orden, su participación “cada vez más ilusoria”.²

A esta carta le siguió la “Declaración de los 46”, una carta dirigida al Comité Central por un grupo de destacados bolcheviques, exigiendo, entre otras cosas, el fin de los nombramientos de secretarios desde arriba.

Ambas cartas apuntaban a los nombramientos de secretarios, ya que tenían un papel especialmente negativo en ese momento. Al nombrar secretarios desde arriba, se había creado una capa de administradores a todos los niveles que no rendían cuentas a los afiliados, sino al aparato. En el pasado, cuando el aparato era relativamente sano, esta selección no había tenido en absoluto el mismo efecto y, como señala Trotski, su alcance era mucho más limitado. Ahora, sin embargo, la selección tenía lugar sobre la base de la lealtad al aparato, acelerando la burocratización del partido. Trotski describió más tarde esto como “una organización clandestina y firmemente articulada que se levantaba dentro del partido”, donde los funcionarios del partido y del estado “se hacía ateniéndose celosísimamente a un criterio normativo: contra Trotski”³

Las cartas de octubre provocaron una crisis, que se vio agravada por el fracaso de los comunistas alemanes en la toma del poder, acabando con la esperanza de un alivio por parte de Occidente. La troika preparó una reunión amañada del CC y de la Comisión Central de Control a finales de octubre en la que Trotski no pudo participar debido a una enfermedad que restringió gravemente su actividad política en los tres últimos meses de 1923.

Una resolución (“Sobre la situación intrapartidaria”) aprobada en la reunión seguía las líneas políticas trazadas por Lenin y Trotski, pero sólo para poder condenar a Trotski y a los 46 por “una política de división fraccional”⁴. El triunvirato seguía sintiéndose inseguro en su posición, sobre todo por la incertidumbre en torno a la salud de Lenin, y se sintió obligado a transigir.

En el espíritu de la democracia de partido, a la que la mayoría de la dirección del partido decía adherirse, la oposición llevó el debate a la opinión pública en Pravda. Al principio, el debate se limitó a cuestiones económicas, pero pasó también a

cuestiones internas del partido. A finales de noviembre, Preobrazhensky (uno de los 46 autores de la carta de octubre) lanzó toda una andanada contra el partido por haber seguido una línea incorrecta sobre el régimen interno del partido. Esto reavivó el conflicto en el partido.

La troika se sintió de nuevo obligada a intentar llegar a un acuerdo con Trotski. Esto produjo la resolución del 5 de diciembre, que fue aprobada en una sesión conjunta por el Politburó y el Presídium de la Comisión Central de Control.

Políticamente, la resolución del 5 de diciembre le hacía eco a la posición de Trotski, en su explicación y análisis del problema y de la dirección general que debía tomar el partido. Sin embargo, omitía el compromiso explícito de abolir el sistema de nombramiento centralizado de los secretarios del partido y respaldaba la resolución de octubre del Comité Central, que había condenado el “faccionalismo” de Trotski, así como el “curso establecido por el Politburó para la democracia interna del partido...”.⁵ No eran concesiones decisivas por parte de Trotski, pero sin duda eran precisamente el tipo de formulaciones que la troika buscaba para protegerse de las críticas y reforzar su propia autoridad.

E.H. Carr y otros historiadores no marxistas acusan a Trotski de “ingenuo”, pero esto está lejos de la verdad. Trotski conocía mejor que nadie la naturaleza de la bestia a la que se enfrentaba, pero fue precisamente su correcta estimación del problema lo que le obligó a proceder con cautela.

LA BASE MATERIAL PARA LA BUROCRACIA

A pesar de sus límites, Trotski intentó usar la resolución al máximo. En una nueva serie de discursos y artículos de diciembre de 1923 (más tarde publicado bajo el nombre de *El nuevo curso*) articuló su posición sobre cómo el partido Bolchevique debía tomar el ‘nuevo curso’ en el que se encontraba.

Trotski explicó que la burocracia no se basaba en este o aquel error en la dirección Bolchevique. Como Lenin, siempre mantuvo que la burocracia había crecido debido a las condiciones materiales y en particular el atraso de Rusia.

La debilidad de la clase obrera en Rusia era la verdadera raíz del problema. Diezmada por la guerra mundial y la guerra civil, había sido llamada para administrar el estado. Esto llevó a que los mejores trabajadores y cuadros del partido fueran absorbidos por el aparato estatal y económico. Esto era natural porque el partido, y la clase obrera, necesitaban ejercer el control sobre el Estado:

“En todo caso, debemos prever un período aún muy largo durante el cual los miembros más experimentados y

activos del partido (incluidos naturalmente los comunistas de origen proletario) serán absorbidos por diferentes funciones del aparato estatal, sindical, cooperativo y del partido. Y por eso mismo, este hecho implica un peligro, ya que es una de las fuentes del burocratismo.”⁶

El hecho de que algunos comunistas hubieran pasado por la revolución y tuvieran una larga historia en el movimiento no era garantía contra el burocratismo. Trotski rechazó este planteamiento como “fetichismo organizativo”.⁷ Explicó además:

“Toda la práctica cotidiana del estado soviético se infiltra así en el aparato del partido e introduce en él el burocratismo. El partido, en cuanto colectividad, pierde el sentido de su poder pues no lo ejerce.”⁸

Básicamente, la burocracia aumentaba gradual y sigilosamente en el partido, razón por la cual muchos bolcheviques fueron incapaces de detectar el proceso en ese momento. Al final, era un problema que sólo podía resolverse por el curso de la revolución en Europa y el desarrollo económico, “Pero sería un error atribuir de modo fatalista toda la responsabilidad a estos dos factores objetivos.”⁹ Lo que era necesario era exponer este proceso para que pudiera ser combatido conscientemente por el partido. Esta era la esencia del “nuevo curso” que Trotski proponía.

LA JUVENTUD

El análisis de Trotski sobre el Partido Bolchevique en aquella época tiene una aplicación mucho más amplia. Sus artículos explican la relación entre la dirección y la militancia, entre centralismo y democracia, y tradición e iniciativa. También explica la necesidad de que el partido se reoriente y cambie su forma de trabajar. Son cuestiones que resonarán entre los comunistas de hoy y a las que se enfrentan en la construcción del partido.

Tanto Lenin como Trotski comprendieron que la juventud era la clave del futuro de la Unión Soviética. Al igual que todas las organizaciones revolucionarias han encontrado sus fuerzas y su energía en la juventud, así deberían hacerlo los bolcheviques en el poder. Por esa misma razón, la oposición encontró su base más fuerte entre los jóvenes.

Una de las cuestiones clave en las que Trotski hizo hincapié fue la necesidad de revitalizar el partido dando espacio a una nueva generación de miembros del partido para involucrarse en él. Esto significaba, naturalmente, dedicar tiempo y esfuerzo a integrar y elevar el nivel político de la juventud:

“Sólo por medio de una colaboración activa y constante con la nueva generación, en el marco de la democracia, la

vieja guardia conservará su carácter de factor revolucionario. En caso contrario, puede cristalizarse y convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo.”¹⁰

Traza aquí una opción clara para la generación más veterana del partido. Podrían colaborar e integrar a la nueva generación, dejándoles espacio para crecer. O bien convertirse en parte del problema.

Trotsky tuvo cuidado en cómo trataba esta cuestión, porque vio como la educación y la formación se estaba convirtiendo en algo seco y formalista, apartado de la vida real. Atacó los métodos “puramente escolares, pedagógicos”¹¹ de desarrollar el nivel teórico. En cambio, argumentó que cada generación debía conquistar la teoría por sí misma:

“Por eso el medio por el cual la tradición combativa del ejército o la tradición revolucionaria del partido se transmiten a los jóvenes tiene tanta importancia. Sin una filiación continuada, y por lo tanto sin la tradición, no puede haber progresión continua. Pero la tradición no es un canon rígido o un manual oficial; no se puede aprenderlo de memoria, aceptarlo como un evangelio, creer todo lo que dice la vieja generación ‘porque ella lo dice’. Por el contrario, es preciso conquistar de alguna manera la tradición por medio de un trabajo interno, elaborarla uno mismo de manera crítica y asimilarla. Si no, todo el edificio será construido sobre la arena.”¹²

La resistencia de la capa más antigua de los miembros del partido no era un fenómeno nuevo, sino algo contra lo que Lenin tuvo que luchar una y otra vez, y Zinóviev, Kámenev y Stalin aparecían con frecuencia a la cabeza de esta

tendencia. Lenin se refería a ellos como los “viejos bolcheviques” o los “hombres del comité”, en gran medida indistintamente. En cada giro decisivo de la Revolución Rusa, estos hombres desempeñaron un papel conservador.

“COMBATE CON PUÑOS Y DIENTES”

“El leninismo consiste en no mirar hacia atrás, en no dejarse influir por los precedentes, referencias y citas puramente formales.”¹³

La Vieja Guardia, en su lucha contra Lenin y Trotsky, apelaba constantemente a las “tradiciones del Partido Bolchevique”. Trotsky atacó la apelación a la tradición como completamente antirrevolucionaria. Lo comparó con el Partido Socialdemócrata Alemán, que en un periodo de relativa calma en la lucha de clases se había infestado particularmente de esta enfermedad:

“Esta tradición, que no es totalmente extraña, tenía un carácter semiautomático: cada día derivaba naturalmente del precedente y, también naturalmente, preparaba el siguiente. La organización crecía, la prensa se desarrollaba y las finanzas aumentaban...”

En este automatismo se formó toda la generación que sucedió a Bebel: una generación de burócratas, filisteos, espíritus obtusos, cuya fisonomía política se puso en evidencia apenas comenzó la guerra imperialista.”¹⁴

En los momentos decisivos de la historia, las tradiciones forjadas en un periodo anterior se convierten en una enorme barrera para el futuro desarrollo del partido. No es tan extraño, en realidad,

que quienes quieren romper las cadenas de la vieja sociedad sobre la economía, pero también sobre las mentes y las ideas de la humanidad, tienen que luchar constantemente por liberarse de la rutina y el conservadurismo:

“Cada vez que las condiciones objetivas exigen un nuevo giro, un viraje audaz, una iniciativa creadora, la resistencia conservadora manifiesta una tendencia natural a oponer a las nuevas tareas, a las nuevas condiciones, a la nueva orientación, las viejas tradiciones, el pretendido “viejo bolchevismo”, en realidad la envoltura vacía de un periodo que acabamos de dejar atrás.”¹⁵

Trotsky describe cómo cada giro en la Internacional Comunista, hasta ese entonces, había requerido siempre una lucha contra las viejas fuerzas, contra los elementos conservadores, se tratara de un giro a la “izquierda”, por así decirlo, o a la “derecha”.

Trotsky explica cómo en 1921, en su lucha contra el ultra-izquierdismo, Lenin “salvó literalmente a la Internacional del aniquilamiento y de la disgregación con que era amenazada por el ‘izquierdismo’ automático, desprovisto de espíritu crítico, que, en un breve lapso de tiempo, se había constituido en rígida tradición.”¹⁶

Sin embargo, el exitoso giro hacia el frente único que se había adoptado tras una lucha en 1921 se convirtió en un obstáculo en 1923. Trotsky escribió que desempeñó “un papel muy grave en los acontecimientos del último semestre de 1923”. En otras palabras, condujo a la derrota de la Revolución Alemana. Era necesario un nuevo giro:

“Si el partido comunista hubiese modificado bruscamente la orientación de su trabajo y hubiese consagrado los cinco o seis meses que le concedía la historia a una preparación directa política, orgánica y técnica de la toma del poder, el desenlace



Voluntarios comunistas de camino al frente en la guerra con Polonia

de los acontecimientos habría sido muy distinto del que se produjo en noviembre.”¹⁷

Trotsky describió que el leninismo “combate con puños y dientes”¹⁸, y es una muy buena descripción. Es precisamente en la lucha donde ponemos a prueba nuestras ideas, identificamos lo que funciona y lo que no, cotejamos nuestros planes, experiencia y teoría con la realidad:

“una vez embarcado en la lucha, no ocuparse demasiado de los modelos y de los precedentes, profundizar en la realidad tal cual es y buscar en ella las fuerzas necesarias para la victoria.”¹⁹

EL BALANCE ENTRE LA DEMOCRACIA Y EL CENTRALISMO

La clave para el desarrollo de la posición correcta empieza con la dirección:

“En este caso, la garantía esencial es una dirección justa y la atención puesta en las necesidades del momento que se reflejan en el partido y la elasticidad del aparato, que no debe paralizar sino organizar la iniciativa del partido, que no debe temer a la crítica ni tratar de frenarla, por miedo al faccionalismo.”²⁰

En aquel momento, el Partido Bolchevique empezaba a comportarse precisamente de forma opuesta. Las críticas eran tachadas de “faccionalismo”, se reprimía la iniciativa, todo ello en nombre de la “unidad” y del mantenimiento de la dirección del partido. En realidad, como señaló Trotsky, tales medidas no sofocaron el faccionalismo sino que, por el contrario, lo agravaron mucho más. Beneficiaron especialmente a la facción burocrática, que prosperaba en las intrigas de trastienda más que en el debate abierto.

“La democracia y el centralismo son dos aspectos de la organización del partido. Lo que hay que hacer es lograr su armonización de la manera más justa, es decir que mejor corresponda a la situación. Durante el último período, el equilibrio fue roto a favor del aparato. La iniciativa del partido estaba reducida al mínimo. Esa es la causa de la aparición de hábitos y procedimientos en la dirección que contradicen fundamentalmente el espíritu de la organización revolucionaria del proletariado.”²¹

Lo que Trotsky explica es que el equilibrio entre democracia y centralismo en una organización revolucionaria no es fijo, sino que depende de la situación. La consecuencia de un centralismo excesivo es privar a las filas del partido de su iniciativa y de su participación. En condiciones de guerra civil, por supuesto, esto era un mal necesario, pero en las condiciones de 1923, se estaba convirtiendo en algo peligroso.

No era un problema de tal o cual “desviación aislada”, sino de “la política general del aparato, de su tendencia



Trotsky y Lenin en 1920

burocrática”. No se trataba sólo de una cuestión organizativa, sino que inevitablemente acabaría provocando desviaciones políticas:

“En su desarrollo gradual, el burocratismo amenaza con separar a los dirigentes de la masa, con llevarlos a concentrar únicamente su atención en los problemas administrativos, en las designaciones; amenaza también con restringir su horizonte, debilitar su sentido revolucionario, es decir, provocar una degeneración más o menos oportunista de la vieja guardia o al menos de un sector considerable de ésta.”²²

Trotsky expone aquí con precisión los problemas que iban a acosar a la Internacional Comunista durante las décadas siguientes. Aunque hubo periodos de bandazos hacia la ultraizquierda, la desviación abrumadora fue hacia la derecha, con consecuencias desastrosas.

La troika y sus partidarios desoyeron los consejos de Trotsky. Mientras Lenin yacía en su lecho de muerte, en la Conferencia del Partido de enero de 1924, ellos procedieron rápidamente a cerrar el debate en Pravda y a disciplinar a la organización juvenil y a la oposición.

Políticamente, la burocratización significó el renacimiento del menchevismo,

aunque ahora revestido de nuevos colores “comunistas”. Resucitó la teoría de las etapas y, en lugar de la desconfianza de Lenin hacia los liberales, se abogó por una alianza con la “burguesía progresista”. Y, por supuesto, se abandonó la revolución internacional en favor del “socialismo en un solo país”, cuya conclusión final lógica fue la política contrarrevolucionaria de la “coexistencia pacífica” adoptada bajo Jrushchov. Todas estas ideas reflejaban la estrechez de miras de la burocracia en ascenso, que veía los movimientos, la iniciativa y el espíritu revolucionarios como una amenaza.

Los artículos del *Nuevo Curso* sentaron las bases teóricas de la Oposición de Izquierda y de su lucha contra la burocracia ascendente. Pero las ideas contenidas en estos escritos no son sólo de interés histórico. El espíritu y los métodos revolucionarios que Trotsky defendía son la base sobre la que se construirá el futuro partido revolucionario mundial. ■

Referencias en línea
**americasocialista.
org/amsoc34**
o escanea el código QR



LENIN: NUEVAS TAREAS Y NUEVAS FUERZAS

El 22 de enero (9 de enero en el calendario antiguo) 1905, tropas zaristas abrieron fuego contra un grupo de manifestantes desarmados, asesinando a cientos de ellos. Los trabajadores alrededor de Rusia respondieron con un movimiento de huelgas revolucionarias. Lenin comprendió el significado de la situación. En 'Nuevas Tareas y Nuevas Fuerzas', publicado en el periódico Bolchevique, *Vperyod*, el 8 de marzo (23 de febrero calendario antiguo), le insistió al movimiento socialdemócrata ruso deshacerse del satanismo y proveer una expresión organizada y dirección para el movimiento obrero revolucionario.

Hemos elegido volver a publicar esto en el centenario de la muerte de Lenin porque nos permite ver la esencia de Lenin como un pensador, un dirigente y un revolucionario, en sus propias palabras. Aunque el artículo no puede removerse del contexto - una situación revolucionaria en el cual los trabajadores entraron en conflicto directo con el estado zarista - aún contiene lecciones importantes para los revolucionarios de hoy.

El desarrollo del movimiento obrero de masas en Rusia, vinculado con el desarrollo de la socialdemocracia, se caracteriza por tres importantes transiciones. Primera: de los estrechos círculos de propaganda a la amplia agitación económica entre las masas; segunda: a la agitación política en gran escala y a manifestaciones abiertas, de calle; tercera: a la verdadera guerra civil, a la lucha revolucionaria directa, a la insurrección armada del pueblo.

Cada una de estas transiciones fue preparada, por una parte, por la acción del pensamiento socialista, que se orientaba fundamentalmente en una dirección, y por otra parte, por los profundos cambios operados en las condiciones de vida y en la mentalidad de la clase obrera, por el despertar de nuevas capas de la clase obrera a la lucha cada vez más consciente y activa. Estos cambios se produjeron a veces

en forma imperceptible, el proletariado concentró sus fuerzas entre bastidores, de modo poco visible, lo que a menudo provocaba el desencanto de los intelectuales en cuanto a la firmeza y vitalidad del movimiento de masas.

Después se operaba el viraje y todo el movimiento revolucionario parecía ascender de golpe a una fase nueva y más alta. El proletariado y su vanguardia, la socialdemocracia, se veían ante tareas prácticamente nuevas, para cuya solución surgían, como si brotasen de la tierra, nuevas fuerzas, que poco antes del viraje nadie habría sospechado que existieran. Pero todo esto no ocurría de golpe, sin vacilaciones y sin luchas de tendencias en el seno de la socialdemocracia, sin recaídas en concepciones ya caducas, en apariencia muertas y enterradas desde hacía mucho tiempo. También ahora la socialdemocracia pasa, en Rusia, por uno de esos períodos de vacilación. Hubo una época en

que la agitación política tenía que abrirse paso entre teorías oportunistas, en que se temía que las fuerzas no bastarían para abordar las nuevas tareas, en que el hecho de que la socialdemocracia se mantuviese a la zaga de las exigencias del proletariado se justificaba repitiendo a todas horas las palabras "de clase" o interpretando las relaciones entre el partido y la clase en un sentido seguidista. La marcha del movimiento barrió todas estas preocupaciones miopes y concepciones retardatarias. El ascenso actual va acompañado una vez más, aunque en una forma algo distinta, por una lucha contra los círculos y las tendencias ya caducas. Los partidarios de Rabócheie Dielo han resucitado, encarnados en los neoiskristas. Para adaptar nuestra táctica y nuestra organización a las nuevas tareas, debemos vencer la resistencia de las teorías oportunistas sobre las "demostraciones de tipo superior" (plan de la campaña de los zemstvos) o



Asamblea de la huelga general en Pori, Finlandia, octubre de 1905

sobre la “organización como proceso”; debemos combatir el temor reaccionario a “señalar” el momento apropiado para la insurrección, o a la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado.

El retrato de la socialdemocracia con respecto a las necesidades urgentes del proletariado se justifica, una vez más, repitiendo con excesiva frecuencia (y a veces tontamente) las palabras “de clase” y degradando las tareas del partido en relación con la clase. De nuevo se tergiversa la consigna de la “actividad independiente de los obreros”, ensalzando las formas más bajas de la iniciativa y pasando por alto las formas superiores de la actividad independiente verdaderamente socialdemócrata, de la auténtica iniciativa revolucionaria del propio proletariado. No cabe la menor duda de que también esta vez la marcha del movimiento barrerá todas estas supervivencias de concepciones caducas y que ya no responden a las exigencias de la realidad. Pero ello no se reducirá sólo a la refutación de los viejos errores, sino que será necesario llevar a cabo una labor revolucionaria positiva mucho más intensa, destinada a realizar en la práctica las nuevas tareas, a ganar para nuestro partido y poner a disposición de éste las nuevas fuerzas, que acuden ahora al campo revolucionario en tan gran número. Estos problemas de la labor revolucionaria positiva son los que deben ocupar el centro de la atención en las deliberaciones del próximo III Congreso, y en ellos deben concentrar su atención todos los miembros de nuestro partido, en su trabajo local y en el trabajo general. Cuáles son las nuevas tareas que tenemos ante nosotros, ya lo hemos expuesto en rasgos generales más de una vez; extender la agitación a nuevas capas de la población pobre de la ciudad y el campo, crear una organización más amplia, dinámica y fuerte, preparar la insurrección y el armamento del pueblo, y llegar, para estos fines, a un acuerdo con los demócratas revolucionarios. Que existen nuevas fuerzas para realizar estas tareas, nos lo dicen con elocuencia las noticias sobre paros generales en toda Rusia, sobre las huelgas y el espíritu revolucionario de la juventud, de la intelectualidad democrática en general y aun de muchos sectores de la burguesía. La existencia de estas enormes fuerzas nuevas, y la firme certeza de que el actual fermento revolucionario, sin precedentes en Rusia, ha afectado, hasta ahora, apenas a una pequeña parte de las inmensas reservas de material inflamable existentes en la clase obrera y en el campesinado, constituyen una garantía plena e incondicional de que las nuevas tareas pueden ser resueltas y lo serán, sin duda alguna. El problema práctico que se nos plantea es, sobre todo, el de cómo aprovechar, encauzar, unir



y organizar estas fuerzas nuevas; el de cómo concentrar la labor socialdemócrata en las nuevas y más altas tareas que la situación actual coloca en primer plano, sin olvidar ni por un momento las viejas y habituales tareas que tenemos y seguiremos teniendo a nuestro cargo mientras siga en pie el mundo de la explotación capitalista.

[...]

Pero lo que en especial nos interesa, desde el punto de vista de las tareas actuales, es el problema de descargar a los revolucionarios de una parte de sus funciones. El período inicial de la revolución, que estamos viviendo, da a este problema una significación muy actual y de gran alcance. “Cuanta más energía pongamos en desarrollar la lucha revolucionaria, tanto más obligado se verá el gobierno a legalizar parte del trabajo sindical, quitándonos así una parte de la carga que pesa sobre nosotros”, se decía en ¿Qué hacer?*. Pero la enérgica lucha revolucionaria nos libera de una “parte de nuestra carga”, no sólo por ese camino, sino también por muchos otros. El momento actual no se ha limitado a ‘legalizar’ mucho de lo que antes estaba prohibido. Ha ampliado el movimiento en tal medida que aún sin necesidad de legalización por parte del gobierno se ha incorporado a la práctica,

se ha convertido en costumbre y hecho asequible para la masa mucho de lo que antes sólo se consideraba y era asequible para los revolucionarios. Toda la trayectoria histórica del desarrollo del movimiento socialdemócrata se caracteriza por el hecho de haber ido conquistando una libertad de acción cada vez mayor, a pesar de todos los obstáculos, a pesar de las leyes del zarismo y de las medidas policiales. El proletariado revolucionario se rodea, por así decirlo, de cierta atmósfera de simpatía y apoyo, inaccesible para el gobierno, tanto por parte de la clase obrera como por parte de otras clases (que, por supuesto, concuerdan sólo con una pequeña fracción de las reivindicaciones de la democracia obrera). En las primeras etapas del movimiento, los socialdemócratas tuvieron que hacerse cargo de una cantidad enorme de trabajo que equivalía casi a una labor cultural, o debieron ocuparse casi exclusivamente de la agitación de tipo económico. Ahora, estas funciones van pasando poco a poco, una tras otra, a manos de nuevas fuerzas, de capas más amplias, incorporadas al movimiento. En manos de las organizaciones revolucionarias se concentra cada vez más la función de la verdadera dirección política, la función de extraer,

de la protesta de los obreros y del descontento del pueblo, las conclusiones social democráticas. Al principio temíamos enseñar a los obreros, en sentido directo y en sentido figurado, a leer y escribir. Ahora, el nivel de cultura política se ha elevado en proporciones tan enormes, que podemos y debemos concentrar ya todas nuestras fuerzas en los objetivos social democráticos directos del encauzamiento organizativo de la corriente revolucionaria. Ahora los liberales y la prensa legal se encargan de realizar una gran cantidad de la labor "preparatoria" que antes nos obligaba a distraer demasiadas fuerzas. Ahora, la propaganda abierta de las ideas y reivindicaciones democráticas, no perseguida ya por el debilitado gobierno, se ha extendido de tal modo, que nos vemos obligados a adaptarnos a la envergadura totalmente nueva del movimiento. No cabe duda de que en esta labor preparatoria hay cizaña y hay trigo, y de que los socialdemócratas tendrán que preocuparse ahora, cada vez más, por combatir la influencia de la democracia burguesa sobre los obreros. Pero esta labor encerrará



“

Para la Socialdemocracia, una época revolucionaria es lo que para un ejército el tiempo de guerra.

”

un contenido socialdemócrata mucho más real que nuestra actividad anterior, que apuntaba ante todo a conmover a las masas carentes de conciencia política.

Cuanto más se extienda el movimiento popular, más de manifiesto se pondrá la verdadera naturaleza de las diversas clases, más apremiante se hará la tarea del partido, de guiar a la clase, de ser su organizador, en lugar de marchar a la zaga de los acontecimientos. Cuanto más se desarrolle por todas partes la iniciativa revolucionaria en todas sus formas, más evidente se hará la oquedad y vaciedad de las frases de Rábócheie Diélo acerca de la actividad independiente en general que tanto gustan de repetir los gritones *, más se destacará la significación de la actividad independiente social democrática, mayores serán las exigencias que los acontecimientos plantean a nuestra iniciativa revo * *Vperiod* corrigió "gritones" por "neoiskristas". Cuanto más anchos se hacen los nuevos torrentes del movimiento social, cuyo número crece sin cesar, mayor importancia adquiere la existencia de una fuerte organización socialdemócrata, capaz de ofrecer un nuevo cauce a estos torrentes. Cuanto más trabajan a nuestro favor esta propaganda y esta agitación democrática que se desarrolla con independencia de nosotros, más importante es la dirección organizada por parte de la socialdemocracia, para poner la independencia de la clase obrera a salvo de los demócratas burgueses.

Para la socialdemocracia, una época revolucionaria es lo que para un ejército el tiempo de guerra. Debemos ampliar los cuadros de nuestro ejército, sacarlos del régimen de paz y ponerlos en pie de guerra, movilizar a los reservistas, llamar de nuevo bajo las armas a los que se hallan disfrutando de licencia, formar nuevos cuerpos auxiliares, unidades y servicios. No hay que olvidar que en la guerra es necesario e inevitable reforzar los contingentes con reclutas poco instruidos, sustituir sobre la marcha a los oficiales por soldados rasos, acelerar y simplificar el ascenso de soldados a oficiales.

Hablando sin metáforas: debemos aumentar considerablemente los efectivos de todas las organizaciones del partido y de todas las organizaciones afines a éste, para poder marchar en cierta medida al ritmo del torrente de energía revolucionaria del pueblo, que ha centuplicado su vigor. Lo cual no quiere decir, por

supuesto, que se descuide la constante instrucción de la educación sistemática en los conocimientos del marxismo. Claro está que no; pero debemos recordar que ahora tienen mucha más importancia, para la formación y la educación, las acciones de lucha, que se encargan precisamente de enseñar a los no instruidos en nuestro sentido, y sólo en él. No debe olvidarse que nuestra fidelidad "doctrinaria" al marxismo se ve fortalecida ahora por la marcha de los acontecimientos revolucionarios, que proporciona a la masa lecciones concretas en todas partes, y que todas estas lecciones confirman nuestro dogma. No hablamos, pues, de renunciar al dogma, ni de ceder en nuestra actitud desconfiada y recelosa frente a los confusos intelectuales y las cabezas huecas revolucionarias: muy al contrario. Hablamos de nuevos métodos de enseñanza del dogma, que un socialdemócrata jamás, ni en circunstancia alguna, debe olvidar. Hablamos de lo importante que es ahora aprovechar las enseñanzas concretas de los grandes acontecimientos revolucionarios, para hacer llegar, no ya a los círculos sino a las masas, nuestras viejas lecciones "dogmáticas"; por ejemplo, la de que es necesario combinar en la práctica el terror con la insurrección, o que es preciso saber descubrir detrás del liberalismo de la sociedad rusa educada los intereses de clase de nuestra burguesía (véase nuestra polémica con los socialistas-revolucionarios acerca de este problema, en el núm. 3 de *Vperiod**).

No se trata, por lo tanto, de reducir nuestras altas exigencias socialdemócratas o de ceder en nuestra intransigencia ortodoxa, sino de fortalecer tanto lo uno como lo otro por nuevos caminos y mediante nuevos métodos de enseñanza. En tiempos de guerra los reclutas deben obtener su adiestramiento directamente de las operaciones militares. ¡Utilicen, pues, con mayor audacia los nuevos métodos de enseñanza, camaradas! ¡Formen con mayor energía nuevos grupos de lucha, envíenlos al combate, recluten a más obreros jóvenes, amplíen los marcos habituales de todas las organizaciones de partido, desde los comités hasta los grupos de fábrica, uniones sindicales y círculos de estudiantes! Recuerden que cada demora imputable a nosotros en estos asuntos favorece a los enemigos de la socialdemocracia, pues los nuevos arroyos buscan con impaciencia su camino, y si no encuentran un cauce



un movimiento cien veces más fuerte que antes, el nuevo ritmo del trabajo, la atmósfera más libre y la mayor amplitud del campo de acción. Necesitamos un impulso muy distinto en todo el trabajo. Es preciso desplazar el centro de gravedad, del adiestramiento pacífico a las acciones de lucha. Debemos reclutar con mayor audacia, rapidez y amplitud de criterio a jóvenes combatientes para todas y cada una de nuestras organizaciones. Con este fin, es necesario crear, sin perder ni un minuto, cientos de nuevas organizaciones. Sí, digo cientos, sin incurrir en ninguna exageración, y no me digan que ya es “demasiado tarde” para encarar una labor de organización tan extensa. No, nunca es

socialdemócrata se precipitan a otro que no lo sea. Recuerden que todo paso práctico del movimiento revolucionario instruirá inevitable e indefectiblemente a los jóvenes reclutas en la ciencia socialdemócrata, pues esta ciencia se basa en la apreciación objetivamente correcta de las fuerzas y tendencias de las distintas clases, y la revolución no es otra cosa que la destrucción de la antigua superestructura y la acción independiente de diferentes clases que tratan de erigir a su modo una superestructura nueva. ¡Pero no degraden nuestra ciencia revolucionaria convirtiéndola en un simple dogma libresco, no la vulgaricen con lamentables frases acerca de la táctica como proceso y la organización como proceso, con frases que tratan de justificar el desconcierto, la indecisión y la falta de iniciativa! ¡Ofrezcan mayor campo de acción a las diversas actividades de los más diferentes grupos y círculos, y estén seguros de que, aun prescindiendo de nuestros consejos y con independencia de ellos, serán encauzados hacia el campo justo por las exigencias inexorables de la marcha de los acontecimientos revolucionarios! Es una vieja verdad la de que en política hay que aprender muchas veces del enemigo. Y en tiempos revolucionarios, el enemigo nos impone las conclusiones correctas en forma particularmente instructiva y rápida.

Extraigamos, pues, las conclusiones: hay que tener en cuenta la existencia de

demasiado tarde para organizarse. Debemos utilizar la libertad que conquistamos legalmente, y la libertad de que nos apoderamos a pesar de la ley, para multiplicar y fortalecer las diferentes organizaciones del partido. Cualquiera sea el curso de la revolución, o su desenlace, y por pronto que la obliguen a detenerse unas u otras circunstancias, sus conquistas reales sólo se afianzarán y quedarán aseguradas en la medida en que el proletariado se organice.

Es necesario llevar ahora a la práctica, sin demoras, la consigna de ¡organizarse!, que los partidarios de la mayoría querían formular con toda precisión en el II Congreso del partido. Si no sabemos, mostrar audacia y espíritu de iniciativa en la creación de nuevas organizaciones, tendremos que renunciar a las vanas pretensiones de ser la vanguardia. Si nos detenemos, impotentes, en los límites de lo ya conseguido, en las formas y marcos de los comités, grupos, círculos y reuniones, no haremos otra cosa que demostrar nuestra incapacidad. Miles de círculos surgen ahora por todas partes, sin intervención nuestra, sin programas ni objetivos definidos, simplemente al calor de los acontecimientos. Los socialdemócratas deben proponerse como tarea establecer y afianzar relaciones directas con el mayor número posible de esos círculos, ayudarlos, ilustrarlos con sus conocimientos y experiencia, estimularlos con su iniciativa revolucionaria.

Todos esos círculos, salvo los que conscientemente se mantengan al margen de la socialdemocracia, deben ingresar en forma directa a nuestro partido o vincularse con él. En el segundo caso, no debemos exigirles que acepten nuestro programa, ni que se sometan a relaciones organizativas obligatorias; basta con el simple sentimiento de protesta, con la mera simpatía por la causa de la socialdemocracia revolucionaria internacional, para que estos círculos de simpatizantes, si los socialdemócratas influyen enérgicamente sobre ellos, se conviertan, bajo la presión de los acontecimientos, primero en auxiliares democráticos y después en miembros convencidos de nuestro partido.

Hay tanta gente, y nos faltan hombres: esta fórmula contradictoria expresa desde hace tiempo las contradicciones de la vida organizativa y de las necesidades de la socialdemocracia en materia de organización. Y esta contradicción se destaca ahora con una fuerza muy especial: a menudo escuchamos en todas partes el reclamo apasionado de nuevas fuerzas, y quejas acerca de la escasez de fuerzas en las organizaciones, a la vez que en todas partes nos ofrece su ayuda un sinnúmero de personas y brotan constantemente las fuerzas jóvenes, sobre todo en la clase obrera. El organizador práctico que se queja, en estas condiciones, de la falta de hombres, se equivoca como se equivocaba madame Roland cuando en 1793, en el momento culminante de la gran revolución francesa, escribía que Francia no tenía hombres, que todos eran pigmeos. Quienes así se expresan no ven el bosque porque se lo impiden los árboles; reconocen que los acontecimientos los han cegado, que en vez de dominar, como revolucionarios, con su conciencia y su actividad, los acontecimientos, se dejan dominar y arrollar por ellos. Semejantes organizadores deberían pasar a retiro y dejar paso a las fuerzas jóvenes, cuya energía sustituye a menudo con creces lo que les falta de experiencia.

Lo que sobran son hombres; Rusia revolucionaria nunca dispuso de una muchedumbre de hombres como ahora. Jamás tuvo una clase revolucionaria con condiciones tan extraordinariamente favorables —por lo que se refiere a los aliados temporarios, amigos conscientes y auxiliares involuntarios— como el proletariado ruso de hoy. Los hombres abundan; sólo hace falta echar por la borda las ideas y doctrinas seguidistas, y dejar amplio margen a la iniciativa, a los “planes” y a las “actividades”; si así lo hacemos, demostraremos ser dignos representantes de la gran clase revolucionaria, y el proletariado de Rusia llevará adelante toda la gran revolución rusa, con tanto heroísmo como la comenzó. ■

¿ERES COMUNISTA?



¡ORGANÍZATE!

La **Corriente Marxista Internacinal** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete**.



america-socialista.org/unete